

PUNTO
ROJO

el amor también mata

burton hare



EL AMOR TAMBIEN MATA

MITZY BRADY

MARK
NEWMAN



BURTON HARE

**EL AMOR
TAMBIEN
MATA**

Colección PUNTO ROJO n.º 218

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA

BOGOTA

BUENOS AIRES

CARACAS

MEXICO

RIO DE JANEIRO



Dépósito legal: B 14.438 - 1966

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: junio 1966

© BURTON HARE- 1966
sobre el texto literario

© MIGUEL GARCÍA - 1966
sobre la cubierta

© COSTA Y CARRILLO - 1966
sobre ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

N. R. 2.940/66

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección PUNTO ROJO:

213 — Funeral para una venus.

En Colección SERVICIO SECRETO:

827 — Llorarás a tus muertos.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

113 — Tu nombre en una lápida.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Oprimí el timbre y esperé.

Necesité repetir la operación para que la llamada surtiera efecto, pero al fin sonaron pasos y la puerta se abrió.

Decididamente, aquél era mi día de suerte.

Era pelirroja y su estatura pasaba de mediana, ya que mido uno ochenta y tres y ella me llegaba casi a la barbilla.

Además, era necesario mirarla detenidamente para convencerse de que era real. Por lo visto, había llegado muy pronto a la hora del reparto y se había llevado doble ración de todo. Además, había sabido distribuirlo sabiamente sobre su cuerpo, de manera que se veía espléndida desde cualquier ángulo que se la mirase. Poseía sugestivas prominencias y curvas fascinantes que le mareaban a uno.

—¿Mitzy Brady? —Pude articular al fin.

—Yo soy.

—Deseo hablarle. Es muy importante.

—¿De veras?

—Ajá. ¿Puedo entrar?

—No.

Mi nombre es Mark Newman.

—No puedo decir que sea muy original. Buenas noches.

Hizo ademán de cerrar la puerta. Introduje el pie y se lo impedí.

—He dicho que debo hablarle —insistí, todavía con amabilidad, pero ya sin sonrisa alguna—. También le he aclarado que se trata de algo importante.

—Lo será para usted. Quite el pie o me pondré a gritar.

—Y yo pronunciaré el nombre de Cárrigan a voces. No va a gustarle la publicidad.

Me miró como si quisiera asesinarme con sus ojos violetas.

—De manera que se trata de eso. ¿Le manda Alfred? Pero no... ¿Por qué tendría que hacerlo?

—¿Puedo pasar, sí o no?

Tras un corto titubeo asintió con un gesto y abrió la puerta.

—Entre —dijo con acritud—. Pero no pierda tiempo ni me lo haga perder a mí. ¿Qué pasa con Alfred?

Esperé que cerrase la puerta, y sólo entonces dije:

—No se trata de Alfred. Ni siquiera le conozco.

Arrugó el entrecejo. Pensé que era una pelirroja sensacional.

—Así que debe tratarse de «ella» ¿eh?

—Exactamente. De la señora Cárigan.

—Debí suponerlo. Está bien, podré soportarlo.

Rió entre dientes, pasó por delante de mí y fue a sentarse en una confortable butaca. No me invitó a hacerlo, pero la seguí y me dejé caer en otra gemela, frente a ella.

—La señora Cárigan opina que usted está de más aquí. Ésta es una pequeña ciudad, ¿entiende? Las noticias vuelan y los escándalos estallan cuando uno menos lo piensa. ¿Está claro?

—Díafano. Es usted divertido. Siga.

Era una dama con un dominio espectacular, pero en alguna parte debía tener su punto flaco. Todo consistía en hallarlo.

—La señora Carrigan no está dispuesta tampoco a que usted siga viviendo del dinero que legalmente le pertenece a ella. O a su esposo, que, a fin de cuentas, es lo mismo.

—Resumiendo...

Había una sonrisa burlona en sus bellos labios rojos que no me gustaba.

—Resumiendo —dije—; va usted a llenar su maleta y emprenderá un largo viaje..., tan largo que ni siquiera volverá a recordar el nombre de Cárigan ni el de este ciudad. ¿Está claro, nena?

—Usted habla con una claridad meridiana, efectivamente. ¿Qué espera que haga, después de su discurso?

—Las maletas.

—¿Así, sin más ni más?

—Exactamente.

Empezó a reír suavemente y su risa acabó en una burlona

carcajada.

—¿Qué clase de inocente es usted, señor Newman? —me espetó, todavía riendo—. Los negocios son los negocios. Dígaselo a la señora Cárigan.

Hice una mueca.

—Ya imaginaba que tocaríamos ese extremo... ¿Cuánto?

Se encogió de hombros.

—Dígalo usted.

—Quinientos.

Las carcajadas se reanudaron, más hirientes que antes.

—Lárguese. Me sienta mal reír a estas horas de la noche.

—¿De veras? Mire, niña... Suponga que la señora Carrigan plantea una demanda de separación y la cita a usted ante el jurado... Bien, ¿cómo cree que saldría usted?

—Ella nunca hará eso. Está loca por Alfred. Vive solo para él.

—Y sabiendo eso... En fin, puedo llegar hasta mil dólares. Es la cifra máxima que estoy autorizado a ofrecer. Tómelo o déjelo.

—Lo dejo, naturalmente.

Sentí deseos de abofetearla sin más. Iba a llevarse todo el paquete de billetes dejándome a mí en blanco.

—Piénselo..., a usted tampoco le conviene el escándalo.

—No me preocupa lo más mínimo.

Ya veo...

—Tres mil o nada.

Pegué un respingo.

—Está loca... ¿De veras cree poder sacar esa suma?

—Estoy segura. O la consigo ahora, de una sola vez, o Alfred la pagará en varias entregas. Naturalmente, eso requerirá mucho tiempo, usted ya sabe cómo son estas cosas, ¿verdad, señor Newman?

Estaba burlándose y no se necesitaba ser un lince para comprenderlo.

—Con mucha suerte —dije, conteniendo mi furia—, puedo conseguir dos mil quinientos. Y no le aseguro nada.

Se encogió delicadamente de hombros.

—No tengo prisa alguna. Sacaré los tres mil... con el debido tiempo. No me conformaré ni con uno menos. Sólo entonces, levantaré el vuelo y desapareceré de escena.

Saqué un cigarrillo y lo encendí meditabundo. Las cosas se presentaban mal para mí, pero no tanto como para desesperarse.

—Supongamos por un momento que le consigo los tres mil. ¿Cuándo se largaría definitivamente de escena?

—Oh, bueno; no hay nada que me retenga aquí, ¿sabe? Podría marcharme inmediatamente.

—¿Esta noche?

—¿No le parece un tanto precipitado? No hay autobuses hasta mañana... Además, todavía he de decidir el lugar que más me gustará visitar...

—Hay infinidad de lugares estupendos donde pasar una temporada con tres mil «pavos» contantes y sonantes. Por otra parte, no le costará mucho engatusar a otro primo disponiendo de semejante carrocería.

—Tiene usted una manera de decir las cosas que una siente deseos de arañarlo.

Le enseñé los dientes en una mueca.

—Hágalo y verá lo que ocurre. Llene sus maletas.

—¿Debo entender que está dispuesto a pagarme tres mil dólares para que me marche?

—Eso es. Para que deje en paz a Alfred Cárigan.

—¿Y debo irme esta noche?

—Seguro.

—¿Cómo, andando?

—Tengo mi auto abajo. La llevaré hasta West Palm Beach. Una vez allí puede usted optar por dirigirse a Miami o largarse al infierno.

—Bueno, lo arregla usted todo así de rápido, ¿verdad?

—Casi todo.

—Dígame. ¿Quién o qué es usted?

—Detective.

—¿Privado?

—Sí.

—Ya lo imaginaba... En fin —suspiró—, por tres mil dólares estoy dispuesta a viajar de noche. Sírvese un trago mientras preparo el equipaje.

—Por esa cantidad podría usted ofrecerme una botella...

Se rió, desapareciendo en una habitación cuya puerta cerró.

Había un bar portátil en un rincón. Encontré dos botellas de *whisky* escocés legítimo, una de ellas sin descorchar todavía. Me serví una ración de invitado y regresé a la butaca. Era un *whisky* de primera calidad y lo saboreé a conciencia.

—¿Cómo es ella?

La pregunta me desconcertó. Volví la cabeza y me encontré con su cara mirándome por el quicio de la puerta.

—Una gran dama —dije—. Y una gran belleza además.

—Ya veo... Alfred nunca quería hablarme de ella, ¿sabe?

—Puedo comprenderlo.

—Pero algunas veces, cuando se sentía melancólico, me confesaba que ella estaba realmente loca por él, pero que era demasiado... altiva. Una vez la comparó con un témpano.

—Y usted lo creyó.

—¿Por qué había de dudarlo?

—Al demonio con eso. Dese prisa.

Desapareció y yo me levanté, yendo por otro *whisky*. Pensé que sería una lástima abandonar allí la botella intacta.

Regresé a la butaca. Bueno, después de todo, la cosa no había salido tan mal como cabía esperar. Todavía me quedarían quinientos dólares para mí, más los doscientos que la señora Cárigan había asignado como mis honorarios. Total, por una noche de trabajo. No podía quejarme.

Tuve tiempo de beber dos tragos más antes que ella estuviera dispuesta. Sólo llevaba una maleta de buen tamaño y una especie de sombrerera, que dejó en el suelo, junto a la butaca.

—¿Lista?

—Todavía no.

—¿Qué le falta ahora?

—Los billetes, naturalmente. No voy a fiarme de su palabra.

Saqué el dinero, separé los tres mil dólares y se los entregué. Ella se entretuvo en contarlos con todo cuidado del primero al último.

Cuando estuvo segura de que no faltaba ni uno hizo una mueca.

—Si llego a imaginar eso hubiera pedido más —dijo—. Y usted los hubiera pagado. Todavía quedan mil «pavos» en el bolsillo, ¿no es cierto?

—Seguro.

—He sido una tonta.

—No empiece a tener ideas brillantes. Puedo sacarla de la ciudad por otros medios menos discretos.

—Cuando doy una palabra la cumplo. Coja la maleta y vámonos.

—¿Le importa que me lleve la botella sin descorchar? Después de todo, nadie va a aprovecharse de ella...

Se rió, abrió la puerta y salimos. Me llevé la botella al coche, naturalmente, y la maleta, que deposité en la trasera. Un minuto después corríamos hacia las afueras.

CAPÍTULO II

Habíamos recorrido varias millas en silencio cuando le pregunté:

—¿Cómo conoció a Alfred Cárigan?

—De la manera más vulgar —rió—. En un *cabaret* de Jacksonville.

—¿Illinois?

—Sí. Alfred estaba realizando un viaje de negocios por varios Estados. Se detuvo en Jacksonville más tiempo del que había calculado y pensó en divertirse un poco. Bueno, intimamos y él creyó que nuestra relación podía prolongarse más tiempo... Así empezó todo.

—¿Viajó usted con él?

—Por supuesto. Un viaje que duró tres semanas. Estuvimos recorriendo Missouri, Kansas, Indiana y Ohio. Entonces dijo que ya estaba cansado de dar vueltas y tornamos el avión en Columbus para Miami.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Dos semanas. El me dejó en Miami dos días, y entonces me llamó diciéndome que ya había encontrado un apartamento para mí en Stuart City, de manera que me trasladé. Y hasta hoy —acabó, riendo—, en que ha aparecido usted con sus tres mil «pavos» en la mano.

—Un buen negocio.

—¿Quiere que le diga algo, fisgón?

—Bueno.

—Ya estaba cansada de todo esto. Deseaba largarme de ese poblucho y olvidar al bello Alfred.

—No me diga.

—Ríase si quiere. Pero no hay quien lo aguante. Es insoportable

a la larga.

—¿Por qué?

—Se mira demasiado al espejo.

—¿Y qué con eso?

—Diablos, ¿es que no lo entiende? El mundo para él es solamente Alfred Cárigan. Me alegro de haberle sacado tres mil dólares a su mujer. Esta gente están podridos de dinero, ¿sabe?

—Eso parece. De manera que se divirtió en grande durante ese viaje ¿eh, nena?

—Seguro. Aunque durante el día las cosas eran muy aburridas. Alfred se marchaba, dejándome en el hotel con rígidas instrucciones de no salir, no alternar, no hacer amistades. Es celoso como un sultán. Menos mal que por las noches nos íbamos a bailar, o a algún espectáculo.

—¿Qué hacía él durante todo el día?

—No me lo pregunte. Por lo poco que logré entender, visitaba posibles clientes para su negocio, o quería vender una fábrica o algo así. No entiendo nada de negocios.

—Ya veo. Bueno, después de todo, no puede usted quejarse, linda. Ha sacado una buena tajada. ¿Piensa regresar a Jacksonville?

—Seguro. Allí tengo a mis amigos, mis relaciones..., conozco el ambiente. Pero primero me daré una vuelta por Miami, sólo para tostarme un poco la piel en la playa.

—Todo un panorama...

Callamos durante unas millas más. Los faros del coche barrían las sombras de la carretera. Yo no pensaba en nada, si exceptuamos los billetes que descansaban en mi bolsillo y en que a mi vuelta volvería a ver a mi clienta.

Era una mujer que merecía capítulo aparte en todas las calificaciones. No recordaba haber visto jamás nada semejante. Con sólo verla, uno sentía que la sangre se alborotaba y un cosquilleo de excitación le recoma la piel...

Al demonio con eso, me dije. Ella es una dama en todo el sentido de la palabra, cargada de dinero, con una posición social encumbrada y que no era fácil olvidarse ni por un segundo. Pero me hubiera gustado hacérselo olvidar aunque sólo hubiese sido una sola vez...

—¿Va a quedarse usted en West Palm Beach esta noche?

—¿Qué? —exclamé.

—¿En qué estaba usted pensando? Le he preguntado si va a pasar la noche en West Palm Beach.

—No. Regresaré tan pronto la deje a usted.

—¿Por qué tanta prisa?

Ladeé la cabeza para mirarla especulativamente.

—No tengo ninguna prisa —declaré—, pero me gusta estar en casa por las mañanas.

—Ya veo. Hay una mujercita y unos niños esperándole, ¿eh?

—No hay nada de eso.

—¿Ninguna mujer?

—En absoluto.

—Bueno, podría usted quedarse hasta mañana, ¿no cree?

—¿Con usted? —pregunté directamente.

—Caray, no sea tan brusco, hombre. Tiene una manera de decir las cosas que la desarma a una. ¿Acaso no soy su tipo?

Me eché a reír.

—Usted supera cuanto yo pudiera imaginar, Mitzy. Pero he de regresar esta misma noche. La señora Cárigan estará esperando con impaciencia mi informe.

—Puede esperar un poco más... Bueno, el caso es que detesto la soledad. Tuve demasiada en mi niñez, ¿comprende?

—¿Va a ponerse sentimental ahora?

—No. Pero cuando estoy sola pienso demasiado en cosas desagradables. Y usted podría llegar a interesarse, ¿sabe? Es muy fuerte...

—Miami está lleno de tipos más fuertes que yo. No estará sola mucho tiempo.

—Oh, bueno, váyase al demonio, amigo. Me considera una basura, ¿no es eso?

—De ningún modo. No soy precisamente el más indicado para juzgarla. Personalmente, me parece una gran chica.

—¿Lo dices de veras?

—Seguro.

—Entonces, ¿por qué no se queda conmigo hasta mañana?

—Porque estoy trabajando, preciosidad.

—Es una manera como otra de decirme que... En fin, olvidémoslo. ¿Falta mucho todavía?

—Quince o veinte minutos.

—Muy bien, siga conduciendo sin despegar los labios. Si no habla, me parece mucho más atractivo.

Cerré el pico y ella también permaneció muda el resto del viaje.

Media hora más tarde, después de dejarla instalada en un hotel de segunda categoría, emprendí el viaje de regreso con el acelerador hundido a fondo. Si me daba prisa todavía podría ver a mi cliente esta noche.

La llamé por teléfono desde un bar, antes de exponerme a hacer el viaje en balde hasta la hermosa casa de la colina. Afortunadamente, respondió ella personalmente.

—Le habla Newman —dije—. Misión cumplida.

—¿Alguna dificultad?

—Ninguna, excepto que he tenido que pagar los tres mil quinientos. Y ella todavía quería más. ¿Puedo pasar a informarle personalmente?

—Venga. Quiero saber la clase de mujer que es ella.

Colgué y reemprendí el viaje.

La mansión de los Cárrigan estaba edificada en una extensa planicie, sobre una suave colina desde la que se dominaba la mayor parte de la ciudad. Había un inmenso parque con añosos árboles, cuidados jardines y fino césped.

Desde la verja de entrada hasta el porche había que recorrer un serpenteante paseo de grava que rumoreaba bajo los neumáticos.

Dejé el auto en la explanada y subí los peldaños del porche a saltos. Antes que pudiera llamar, la puerta se abrió y me encontré mirando la cara huesuda de un individuo de unos cuarenta años, vestido con un oscuro uniforme.

—¿El señor Newman? —gorjeó.

—Ése soy yo. La señora me espera.

—Sin duda, señor. Sígame, por favor.

Anduve detrás del mayordomo, o lo que fuera el tipo, hasta una estancia amueblada con exquisito gusto, aunque demasiado grande para mi gusto.

Y allí estaba ella.

Alta, esbelta, cabellos muy negros, ojos enormes y almendrados, exóticos, sombreados por largas pestañas. El vestido que lucía era casi etéreo, y dejaba al descubierto sus brazos de piel suave y

tostada por el sol, mórbidos y adornados con finas pulseras. El profundo escote en y permitía suponer sin dificultad lo que había un poco más abajo.

Y si uno dejaba descender un poco la mirada se encontraba con una cintura inverosímil de tan frágil, sobre unas caderas anchas y firmes. Y sus piernas largas de estilizados tobillos...

Suspiré largamente y mi apreciación de Alfred Cárigan descendió unos cuantos puntos más. No tenía sentido que hubiera instalado un apartamento para Mitzy teniendo en casa una maravilla como aquélla.

—Siéntese —dijo con su voz de terciopelo—. Y cuénteme.

Me dejé caer en el diván y seguí mirándola.

—No ha sido muy difícil —dije—. Ella quería dinero, desde luego.

—Era lo que cabía esperar.

Le conté mi aventura y mis impresiones personales referentes a Mitzy Brady, pero ni por un momento pude apartar la mirada de ella.

Al final se dio cuenta de mi escrutinio y se removió, molesta.

—¿Está seguro que esa mujerzuela no va a volver?

—Razonablemente seguro. No es de esa clase.

—¿De qué clase?

—Bueno, quiero decir que se conformará con el dinero y regresará a Jacksonville, cuando se canse de Miami, o cuando termine los fondos. Creo que, a fin de cuentas, no es mala chica.

—Es curioso que usted diga eso...

Me encogí de hombros.

—Es sólo una opinión personal.

—Me alegra que se haya solucionado todo con esa facilidad... Espero que nunca hablará usted de este asunto con nadie, señor Newman.

—En absoluto. Puede confiar en mi discreción.

—No quiero ni pensar en lo qué sucedería si mi marido supiera lo que he hecho... Sería un desastre.

—Bueno, a fin de cuentas se ha limitado usted a defender la paz de su hogar.

—El no lo comprendería así... Bueno, usted sabe... Fue culpa mía que Alfred buscase a esa mujer, pero en el fondo estoy segura

que no le interesaba lo más mínimo.

Lo puse en duda, pero antes que pudiera hacer ningún comentario, ella prosiguió:

—Tuvimos una escena terrible por culpa de un amigo nuestro... Un muchacho alegre y que alguna vez ha intentado flirtear conmigo. Alfred exigió que no volviese a verlo nunca más y me negué. Es un buen amigo de la familia. Se puso furioso, ¿comprende? Justamente al día siguiente de ese disgusto emprendió ese largo viaje de negocios..., y lo que siguió ya lo sabe usted.

Yo no veía a santo de qué me daba tantas explicaciones, pero callé y me limité a encogerme de hombros. Para mí, el asunto estaba terminado.

Ella todavía dijo, levantándose para despedirse:

—He tenido que aprovechar que mi esposo está ausente hasta mañana para desembarazarme de esa mujer. Así, cuando regrese se encontrará con que ella ha desaparecido y todo será más fácil. Lo comprende usted, ¿verdad?

—Naturalmente.

Me levanté también. Quedamos uno frente al otro. En mis ojos seguía causando estragos la belleza explosiva de aquella mujer.

—¿Me permite hacerle una pregunta un tanto indiscreta? —indagué.

—Hágala.

—¿Está usted muy enamorada de su marido?

Parpadeó. Una expresión de indignado asombro vibró en su mirada.

—¡Por supuesto que sí! —estalló.

—Es afortunado. Y estúpido además. Usted vale mil veces más que ella... No comprendo cómo pudo traérsela... En fin, espero que no tenga más dificultades.

—No las tendré si usted guarda silencio.

—Nadie sabrá una palabra.

Estreché su mano y la retuve más tiempo del debido. Su piel era suave y cálida. Me invadió una sensación de calor. Entonces se abrió la puerta a mis espaldas. Ella levantó la mirada y dejó escapar una exclamación de asombro.

Me volví, abandonando el cálido contacto de su mano.

—¡Alfred! —balbució ella.

—Hola, Mildred.

Era un hombre casi tan alto como yo, pero más delgado y elegante. Tenía un rostro de galán romántico y un cabello negro y suavemente ondulado. Sus ojos eran azules y tenían una frialdad de hielo.

Avanzó sin dejar de mirarme.

—¿Le conozco? —murmuró.

Fue ella la que salvó la situación.

—No lo creo, querido. Pero te he hablado de él algunas veces...

Mark Newman, ¿recuerdas?

Arrugó el entrecejo.

—Deberás disculparme, cariño, pero sigo sin recordar... ¿Algún amigo tuyo?

—¡Naturalmente que sí! De la escuela superior. Un mal estudiante, pero llevaba a las chicas de cabeza... Estoy segura que te he hablado de él algunas veces.

—Es muy posible, pero ya sabes que tengo una memoria fatal... De todos modos no importa. Bienvenido a esta casa, Mark. Me alegro mucho de verle.

Estreché su mano y su apretón fue recio y firme.

—Llegué a la ciudad para ultimar un negocio —dije a mi vez, para ayudar a la mujer—, y no he querido marcharme sin ver a Mildred. Sigue siendo tan maravillosa como siempre...

El la miró, sonriendo. Luego trasladó su atención a mí.

—Estoy seguro que ella me habló de usted alguna vez, pero no recuerdo los detalles. ¿A qué se dedica, Mark?

—Compro y vendo coches usados. En grande.

—Debe ser un buen negocio, estoy seguro. ¿Cuándo llegó aquí?

—Hace un par de días. Y mañana o pasado volveré a la carretera. Resulta divertido andar de un lado a otro.

—Apuesto que sí...

Mildred, inquieta, murmuró:

—No te esperaba hasta mañana, querido... ¿Ha sucedido algo?

—En absoluto. Pero he terminado el trabajo antes de lo que había calculado y he pensado que estaría mejor en casa que en un hotel. A propósito, ¿dónde se aloja usted, Mark?

Mi mente dio una pirueta.

—En el Excelsior —espeté, recordando el rótulo de un hotel que

había visto, cercano al edificio de apartamentos donde Mitzy había vivido.

—No es un mal hotel, pero es sólo eso, un hotel. Mire, estoy seguro que Mildred estará de acuerdo conmigo...

—No te comprendo, querido —murmuró ella, apurada.

—Tu amigo va a quedarse aquí, con nosotros. No podemos consentir que siga en un hotel teniendo sitio de sobra.

—Bueno, me abruma usted, Cárrigan...

—Llámeme Alfred —me interrumpió—. Como va a estar tan poco tiempo en la ciudad, si se queda aquí tendrán más ocasiones de recordar los viejos tiempos, ¿no lo crees así, cariño?

Ella me miró y pareció bastante preocupada.

—Nada me encantaría más —balbució al fin—. Pero estoy segura que Mark preferirá el hotel... por la independencia que eso le proporciona. ¿No es cierto, Mark?

—Exactamente. Además, mañana he de realizar varias gestiones todavía.

—No importa —insistió él—. Podrá hacerlas después del desayuno. Nuestras habitaciones para huéspedes están completamente equipadas. Encontrará en ellas cuanto precise.

Sus ojos seguían siendo dos témpanos, pero sonreía amistosamente.

Insistí en marcharme al hotel, pero no hubo nada que hacer.

—Se quedará aquí —sentenció al final—. Yo también deseo que me hable de los viejos tiempos, ¿entiende? Me gustará saber cómo era Mildred por aquel entonces...

Ella aprovechó que su marido no la miraba para hacerme un gesto de asentimiento. Debí pensar que sería sospechoso demasiado interés en marcharme, así que acepté.

—¡Bravo! —exclamó Cárrigan—. Burgh le mostrará la habitación cuando decida retirarse. Ahora creo que se impone un trago, ¿no cree?

Bebimos. Mildred pretextó que debía subir a su habitación para cambiarse de vestido y nos dejó solos, con una expresión de angustia claramente pintada en su semblante.

Estuvimos hablando de cosas intrascendentes hasta que él comentó:

—Comprendo sus puntos de vista, Mark; cada uno tiene sus

propias aficiones. La mía es la química. Tengo un pequeño laboratorio muy completo en el jardín.

—¿De veras?

—Quizá es debido a eso que me gustan los experimentos.

Le miré y tropecé con el hielo de sus ojos.

—Interesante —comenté.

—Resulta emocionante.

—¿El qué?

Rió sin alegría.

—Experimentar —dijo—. Uno nunca sabe qué resultado obtendrá de ciertas mezclas... Aunque hay ocasiones que los sospecha.

Callé. Una corriente de hielo culebreó por mi espalda. Me pregunté el sentido de sus frases... y la respuesta que me pareció entrever no me gustó en absoluto.

Me refugié en mi copa y la conversación languideció.

CAPÍTULO III

Llevaba más de una hora tendido en la cama de cara al techo, fumando de vez en cuando, viendo la débil claridad de la luna a través de la ventana, y pensando. Sobre todo, pensando.

No entendía a Alfred, ni sus motivos para haber insistido tanto en que me quedase. Tal vez sospechaba que entre su mujer y yo existía algo más que una vieja amistad, en cuyo caso yo haría muy bien en poner tierra de por medio. Si no me equivocaba, y me precio de conocer a los hombres, Alfred Cárrigan podía resultar un tipo altamente peligroso si llegaba a la convicción de que yo intentaba arrebatárle el amor de la belleza que él poseía en propiedad exclusiva.

Bueno, me confesé sinceramente que no me habría importado correr ese riesgo, si realmente hubiese existido la menor oportunidad de alcanzar el amor de Mildred. Un hombre podría perderse fácilmente por ella.

Descubrí, sorprendido, que no podía apartar su deslumbrante imagen de mi mente. Su belleza me subyugaba, y la altivez que establecía entre ella y yo como una barrera protectora sólo servía para estimular más mi imaginación. Sin duda alguna, debía largarme cuanto antes si no quería verme metido en un buen lío.

Aplasté la punta del cigarrillo en el cenicero y encendí otro. La noche era espléndida, casi calurosa. Por la ventana abierta entraba un leve airecillo cálido procedente del mar que despejaba la atmósfera. Sentí tentaciones de levantarme y salir al jardín en busca del sueño que se negaba a acudir a mi llamada.

Entonces oí un leve roce al otro lado de la puerta. Contuve la respiración y volví la cabeza. La puerta se abrió lentamente, sin un sonido, y Mildred entró como un fantasma. Cerró y quedóse con la

espalda apoyada en ella, mirándome en la penumbra.

Atónito, me incorporé sentándome en el borde de la cama. La recorrí con la mirada. Llevaba una suerte de *negligée* semejante a una nube impalpable que flotaba a su alrededor como un soplo de aire. En la oscuridad era igual que una visión de suprema belleza. Algo le sucedió a mi corazón ya que la sangre empezó a golpear salvajemente en mis sienes.

—¿Qué sucede? —murmuré, saltando al suelo.

—No se mueva.

—Pero ¿qué demonios...?

Me detuve. Ella avanzó dos pasos. Al acortar la distancia aumentó mi inquietud.

—Debía venir a decírselo —susurró—. Tiene usted que marcharse mañana, ¿entiende? A primera hora..., invente un pretexto, una excusa cualquiera. Pero márchese.

—Pensaba hacerlo. ¿Cómo se le ha ocurrido la tontería esa del compañero de la escuela? Es un pretexto burdo y conocido hasta la saciedad.

—Fue lo primero que se me ocurrió para explicar su presencia en la casa. ¡Dios, creí morirme cuando vi a Alfred!

—Está bien, me iré. ¿Está segura que su marido no ha notado esta escapada suya?

—Ocupamos habitaciones separadas. El duerme.

—Idiota.

—¿Cómo?

—Olvídelo.

—¿De qué hablaron anoche, cuando yo me fui?

—De nuestras aficiones comunes. El dijo algo de un laboratorio y de unos experimentos.

—Es su chifladura. Está en el jardín, a un lado de la casa.

No me gustó su manera de decir eso de los experimentos —confesé pensativamente—. Me dio la impresión de que se proponía experimentar con nosotros...

—Sospecha. Es endiabladamente celoso...

—Ya veo.

—¿Comprende ahora la necesidad de que usted se vaya de aquí?

—Por supuesto. No daré ocasión al bello Alfred de hacer ningún experimento conmigo.

—No hable así de él, señor Newman —me espetó—. No me gusta. Ni me gusta tampoco la manera que tiene de mirarme. Es ofensiva.

—¿Sí?

—Parece como si me desnudara con los ojos.

—Tal vez es así. No debió venir a esta habitación, llevando esa mosquitera por toda indumentaria... Después de todo, uno es humano.

—Usted es algo más que eso. Es despreciable. Sé lo que piensa, y lo que haría si tuviera ocasión. Espero que se marche mañana.

Giró sobre los talones y se dirigió otra vez a la puerta. Antes que pudiera abrirla dije:

—Un momento.

Se detuvo, volviéndose. Avancé hasta estar junto a ella. Sus ojos eran como dos carbones encendidos en la oscuridad, despreciativos, humillantes.

—Dese prisa —susurró—. Quiero salir de aquí.

—Usted me ha ocupado mucho tiempo del que me había contratado. Me ha obligado a quedarme aquí esta noche...

—Le pagaré ese tiempo.

—Va a hacerlo ahora.

—No comprendo...

—Así.

La sujeté por los brazos, besándola repentinamente. Al fin había estallado y al demonio con todo lo demás.

Permaneció inmóvil, rígida como una estatua. Fue lo mismo que si hubiera puesto mis labios sobre una superficie de mármol, de modo que la dejé libre al cabo de unos instantes.

Entonces levantó la mano y la bofetada restalló en mi mejilla con la fuerza de un latigazo.

No me moví. Ella tampoco. Sólo dije:

—Creí que valía la pena. Me equivoqué. Buenas noches, señora Cárigan.

—Es usted...

—Cualquier cosa.

—Basura.

Abrió la puerta y desapareció dejándola abierta. La cerré con cuidado y regresé a la cama.

Bien, me había ganado la bofetada y mucho más, sólo que no me di cuenta hasta que ya era demasiado tarde. Pero aquella mujer se le metía a uno en la sangre y no podía librarse de ella así como así.

Estuve dándole vueltas a la escena un buen rato. Casi amanecía cuando quedé dormido.

A la mañana siguiente encontré al mayordomo al pie de las escaleras. Alto, delgado y rígido como un poste.

—La señora espera en la terraza para desayunarse, señor —dijo con voz sin inflexiones.

—¿Y el señor Cárrigan?

—Está en el despacho, telefoneando. Vendrá en un minuto.

—Ya veo. Gracias.

Salí a la terraza. Ella estaba allí, envuelta en una bata de seda acolchada. Llevaba el cutis libre de todo maquillaje, y que me ahorquen si no estaba todavía más hermosa que la última vez que la viera.

Levantó la cara cuando aparecí.

—Siéntese, señor Newman..., ahí, por favor.

Obedecí. Había tres servicios sobre la mesa.

—Siento lo de anoche —dije—. Me dejé dominar por un ramalazo de locura.

—Cállese.

—Okey, sólo quería que lo supiera.

Reinó un silencio. Ella dio un vistazo hacia la puerta de cristales que comunicaba con el interior y luego murmuró:

—Olvidé lo que le dije anoche. No quiero que se vaya aún.

Casi di un salto en el sillón metálico.

—¿A qué viene eso?

—Alfred acrecentaría sus sospechas si usted se fuera tan precipitadamente, después de haber aceptado pasar con nosotros un par de días. Es muy suspicaz.

—Bueno, ¿qué sugiere que haga entonces?

—Nada. Deje las cosas como están hasta mañana. Entonces puede pretextar que ha ultimado sus asuntos en la ciudad y que tiene que marcharse. Eso resultará perfectamente natural.

—Está bien, si eso le parece más conveniente.

No dije nada más, aunque mi mente giraba en un torbellino de incertidumbre. Yo no estaba muy seguro de que esa conducta fuera

la más conveniente.

Entonces apareció Alfred Cárrigan, elegante con su pantalón gris y camisa blanca, de cuello abierto. Más que nunca se me antojó un galán de películas románticas. Era comprensible que ella estuviese tan perdidamente enamorada de él después de todo.

—Espero que haya descansado bien, Mark —exclamó, sentándose.

—Perfectamente. A la luz del día uno aprecia mejor ese maravilloso parque...

—Esos árboles tienen centenares de años —ponderó—. Quizá miles... Esta casa perteneció a mis antepasados. La edificaron mucho antes de la guerra de Secesión. Tiene su historia, ¿comprende?

—Estoy seguro que la historia de su familia es fascinante.

—No lo crea. No hay grandes luchadores en ella, ni guerreros heroicos que se dejasen matar por un ideal... La mayoría de mis antecesores fueron comerciantes, fabricantes... Mucho más hábiles que yo, naturalmente.

Calló cuando el mayordomo apareció con los desayunos, y apenas si cambiamos más palabras durante un rato. Sólo al terminar, Alfred dijo, señalando un hermoso pabellón que se alzaba en un claro, a un lado de la casa, separado de ésta por un gran espacio cubierto de césped:

—Ahí está mi laboratorio, Mark... Voy a realizar un experimento que preparé hace unos días. Hasta hoy no he tenido tiempo de terminarlo.

—No comprendo cómo te gusta encerrarte ahí dentro —protestó Mildred, con un mohín de disgusto—. Huele que apesta con todos esos potingues...

El se echó a reír.

—¿Se da cuenta, Mark? Las mujeres siempre intentan acaparar todo el tiempo del hombre... Lo quieren sólo para ellas, esclavizado... Menos mal que cuando estoy ahí dentro, con mis experimentos, me siento liberado de esa esclavitud, de lo contrario sería insoportable.

Ella se echó a reír forzosamente. No supe si hablaba en serio o era sólo una chanza. Sus ojos seguían siendo tan fríos como de costumbre, aunque la expresión de su cara no revelaba tensión

alguna.

Encendió un cigarrillo y se levantó.

—He de dejarle —dijo—. Estoy impaciente por ver el resultado de lo que preparé. Cuando termine podrá usted entrar y dar un vistazo por mi reino privado. Mildred nunca quiere meter su naricita en el laboratorio...

—A causa de su nauseabundo olor —aclaró ella.

—En todo caso, lo veré cuando vuelva de la ciudad. He de ultimar mi negocio todavía.

—No tenga prisa... Nos encanta su presencia en la casa, Mark, se lo aseguro. Hasta luego.

Descendió la escalinata que había en un extremo de la terraza y se alejó andando apresuradamente. Estuve siguiéndole con la mirada hasta que le vi desaparecer dentro del laboratorio.

—No me gusta —dije.

—¿Qué es lo que no le gusta?

—Su esposo. Lleva algo en la mente.

—Ya le dije que sospechaba de nosotros dos.

—¿Y se propone desvanecer sus sospechas teniéndome aquí un par de días?

Se encogió de hombros, inquieta.

—No sé lo que piensa hacer. Es difícil adivinar nunca sus pensamientos. Hay ocasiones que me asusta..., parece penetrar dentro de mí con sus ojos de hielo, escarbando en mis pensamientos...

—Muy bien. Le daremos oportunidad de comprobar que no hay nada entre usted y yo. Puede realizar todos los experimentos que se le antojen y algunos más. Después de eso me marcharé y estaré encantado si jamás vuelvo a oír el nombre de Cárigan.

—Es usted odioso, señor Newman.

—Sí, ya lo sé. Pero sólo cuando no puedo ser otra cosa.

Me miró recto a la cara, desafiante. Y de repente dijo:

—Me pregunto qué clase de mujeres está usted acostumbrado a tratar..., para que se comporte así conmigo.

—Olvídelo. Están demasiado lejos de su clase, señora, para que pueda comprenderlo. Pero hay algo que sí puedo decirle, y es que todas ellas tienen sangre en las venas por lo menos.

—¿Cree que por las mías corre agua?

—Y helada, además.

Esbozó una sonrisa burlona. Se levantó.

—Ya le dije en su habitación lo que opinaba de usted. Debo ir a vestirme. Discúlpeme.

Me levanté también. Todavía permaneció inmóvil unos segundos y durante ellos nuestras miradas permanecieron fijas y estáticas. De nuevo todas las furias del infierno saltaron en mi interior ante aquel desafío que veía en sus ojos, pero me contuve y ella dio media vuelta.

Estaba absorto, prendido del alado contoneo de su cuerpo alejándose de mí, cuando estalló el infierno.

Capté el estampido en el mismo instante que las copas que había en la mesa empezaban a danzar. Fue una explosión tremenda, sorda, que arrojó el aire contra la terraza como si fuera un huracán.

Giré tan bruscamente que arrojé el sillón a un lado.

Quedó sobrecogido de espanto al ver cómo una parte del pabellón que servía de laboratorio se derrumbaba entre una espesa nube de humo negro.

Instantáneamente, las llamas surgieron como si alguien hubiese abierto la boca de un horno. Rugientes, violentas, restallando entre el negro humo.

—¡Alfred! —aulló la mujer, detrás de mí.

Eché a correr como un loco. Salté por encima de la barandilla de la terraza y caí de pie sobre el césped. Volé hacia el pabellón mientras detrás de mí se sucedían los chillidos de Mildred.

Llegué ante la puerta, que colgaba de sus goznes. Dentro, se sucedían las explosiones y las llamas rugían cada Tez con más violencia.

—¡El señor Cárigan... está dentro...!

El mayordomo acababa de alcanzarme.

—¡Cuide de la señora! —exclamé.

Me lancé a través de la puerta. Al instante, una mano de gigante me golpeó la cara y se introdujo hasta los pulmones, escarbándolos y llenándolos de veneno. El fétido humo me detuvo igual que si acabase de tropezar con una pared de ladrillo.

El interior era un caos al que resultaba imposible penetrar. Las llamas rugían a mi alrededor. Sentí que mis cabellos comenzaban a chamuscarse, mientras la piel me ardía y mis entrañas se

desgarraban.

No me quedó más remedio que retroceder a trompicones, casi cegado, sin conseguir que el aire entrase en mi pecho a pesar de mis esfuerzos.

Entonces descubrí a Burgh, el mayordomo, luchando con Mildred a brazo partido. Anduve hacia ellos dando traspiés. Detrás de mí se produjo otra explosión y sentí en la nuca el calor del incendio.

Mildred logró escapar de las manos del mayordomo y echó a correr hacia la boca de aquel homo, gritando como una loca.

Pegué un salto y pude cerrarle el paso.

—¡Quédese aquí, Mildred! —grité—. Es imposible entrar ahí.

—¡Apártese!

Pude cazarla cuando reanudaba la carrera.

—¡Suélteme, maldito sea!

—¡No puede usted hacer nada!

—¡Quiero estar con él..., quiero salvar a Alfred...!

Luchaba igual que enloquecida. Consiguió soltarse gracias a mi aturdimiento y se lanzó hacia la boca de aquel horno rugiente, en cuyo interior las materias químicas seguían estallando casi de continuo.

Me nacieron alas en los pies y logré alcanzarla tan cerca de las llamas que mis pestañas se chamuscaron. La abracé por la cintura, apretándola brutalmente contra mí y retrocediendo al mismo tiempo.

—¡Está loca! —rugí—. ¡No puede usted entrar ahí si no quiere morir también!

—¡Déjeme!

Se debatía como una fiera.

—¡Hemos de apartarnos de aquí...! —jadeé, arrastrándola—. ¡Si hay otro estallido como el primero nos aplastará!

—¡Márchese usted, bastardo cobarde! —chilló—. ¡Déjeme a mí! ¿No comprende que Alfred está ahí dentro?

—¡Nadie puede hacer nada por él! ¡Debe haber muerto con la primera explosión...!

—¡Suélteme, maldito...!

Detrás de mí, Burgh gimio:

—¡Se ha vuelto loca...!

Opté por obligarla a dar la vuelta. Entonces le descargué un seco puñetazo al mentón que acabó con su resistencia. Cayó en mis brazos, inerte.

Hubo otro estallido y parte de una pared voló por los aires. Trozos de cascotes zumbaron por encima de nuestras cabezas.

Me agaché, cubriéndola, y eché a correr hacia la terraza escoltado por el mayordomo, que no cesaba de gemir como una bestezuela herida.

—¡El señor Carrigan..., ahí dentro...! —barbotaba.

—¡Deje de lamentarse y llame a los bomberos! Si el fuego sigue así se comunicará a los árboles y de éstos a la casa. Dese prisa.

—Sí, señor...

—Y telefonee también a la policía. ¿Comprendido?

—Ahora mismo, señor.

Eché a correr y desapareció dentro de la casa.

Dejé a la mujer sobre una silla extensible. Me volví y contemplé el incendio, y la negra columna de humo que se elevaba por encima de los árboles, y las llamas que culebreaban como gigantes vivos. Todavía resonaban sordas explosiones, afortunadamente de poca potencia. Pero a cada una de ellas, las llamas saltaban en todas direcciones y surtidores de chispas brincaban por encima de los derruidos muros.

Aparté la atención del desastre para mirar a la inconsciente Mildred Carrigan. ¡Dios, y qué hermosa era! En medio de todo aquel espanto, no pude menos que darme cuenta de ello con toda conciencia.

Pensé que, después de todo, ya era una mujer viuda. Ya no había marido que pudiera interponerse entre ella y yo.

Luego me insulté en todos los tonos, por imbécil. Supe sin lugar a dudas que para mí, nada había cambiado. Yo seguiría siendo basura según su opinión, mientras que ella continuaría siendo una dama con excesivo dinero, excesiva belleza y un cúmulo de admiradores de su misma posición.

Bueno, comprendí que incluso el pensar eso me hacía daño y traté de concentrarme en el drama.

Empezó a dar señales de vida.

—¡Alfred...! —gimió.

Me acerqué a ella. Abrió los ojos y parpadeó.

—¡Alfred! —gritó repentinamente, irguiéndose.

Puse una mano en su hombro para retenerla allí.

—¡Quieta! No debe moverse...

—¡No me toque!

Sus ojos estaban cargados de lágrimas y de desprecio a un tiempo.

Quedé rígido, convertido en piedra. Incluso semiinconsciente, se complacía en humillarme.

—Está bien —gruñí—, pero no trate de moverse.

Giró la cabeza y miró las ardientes ruinas del laboratorio. Comenzó a sollozar y de repente se cubrió la cara con las manos.

Entonces, el mayordomo regresó, anunciando:

—Los bomberos están en camino. También la policía va a venir inmediatamente...

Ella levantó la cara y miró al sirviente como si lo viera por primera vez. Burgh añadió:

—Me he permitido avisar también al señor Fremont, señora.

—Sí, gracias, Burgh... Ha hecho usted muy bien.

El mayordomo se alejó, aturdido. Yo indagué:

—¿Quién es Fremont?

—El fiscal del Estado. Es el hombre de quien Alfred estaba celoso... ¡Dios santo! ¡Alfred...!

—Tranquilícese.

—¿Por qué no se va y me deja en paz de una vez, Newman?

Pegué un respingo.

—Por mi gusto estaría fuera de aquí desde anoche —le espeté, comenzando a enfurecerme también—. Pero creo que la policía querrá hacerme unas preguntas, entre ellas, qué estaba haciendo yo aquí.

—¿Y cree que eso es tan importante como para que yo tenga que soportar su presencia?

—Lo será para la policía. Cuando sepan que soy un detective de Miami, contratado por usted, se mostrarán bastante suspicaces. Los conozco bien.

—¿Por qué tendrán que ser suspicaces?

—Por el estallido. Usted y yo sabemos que ha sido un puro accidente, pero ellos no. Querrán comprobarlo.

—¡Usted y sus sucias ideas!

Me encogí de hombros.

Ella se levantó con visibles esfuerzos. No hice nada por ayudarla. Ya estaba cansado de recibir palos.

Cuando pudo andar, bajó la escalera y atravesó el prado, yendo a detenerse junto al mayordomo, a una distancia prudencial del incendio.

Volví a sentarme en el sillón de acero, llené un vaso con jugo de naranja y lo bebí de un trago. Mi garganta lo agradeció.

Saqué un cigarrillo, lo encendí y me quedé allí, mirando el lugar cubierto de llamas y humo donde yacía el difunto señor Alfred Cárrigan...

Por más que lo intenté, no pude sentir ninguna pena por él.

CAPÍTULO IV

El teniente Clayton era alto, ancho, cuadrado, y tenía un rostro como tallado en piedra. No parecía demasiado inteligente, pero sí tenaz y sumamente observador. A su lado, el sargento Lenox estaba sentado en el borde de *un* sillón como si temiera ensuciarlo con sus posaderas.

Estábamos en la terraza y podíamos ver los esfuerzos de los bomberos por apagar el incendio.

Conté mi historia, diciéndoles la pura verdad acerca de mi presencia en la casa y las razones por las cuales Mildred Cárrigan me había hecho venir desde Miami. Lo único que callé fue el detalle de los tres mil dólares pagados a Mitzy. No deseaba causarle problemas a la muchacha después de todo.

Me escucharon con gran atención, especialmente al relatarles los instantes inmediatamente anteriores al estallido, cómo Alfred dijo que quería terminar un experimento que tenía preparado desde varios días atrás, y cómo lo habíamos visto desaparecer en el interior del laboratorio...

Cuando terminé, el teniente se echó hacia atrás y sacó un paquete de cigarrillos.

—Un caso lamentable. Cárrigan era bastante experto en química, pero todo el mundo puede cometer un error...

Encendió su cigarrillo. Entonces advirtió que no nos había ofrecido ni al sargento ni a mí y subsanó el olvido. Cuando hubimos encendido nosotros, el sargento farfulló:

—Hay aficiones que deberían estar prohibidas. Se evitarían muchos accidentes.

—¿Conocía usted a Cárrigan? —le pregunté al teniente.

—Todo el mundo en la ciudad le conocía. Era muy popular aquí.

Acabamos de fumar los cigarrillos sin que ninguno añadiera nada más. Sólo cuando el silencio resultó un tanto incómodo, el sargento dijo:

—¿Cree que podremos hablar con la viuda, teniente?

—Veremos qué opina el doctor. Supongo que le administrará algún calmante..., quizá tengamos que aguardar. No obstante, ya tenemos la declaración de Newman. Por el momento es suficiente.

Uno de los bomberos llegó al trote, con el rostro tiznado de negro, sudando a chorros y jadeando como un fuelle.

—¡Lo hemos encontrado, teniente! —anunció.

—¿Cómo está?

—Ya puede imaginarlo...

Clayton me hizo una seña.

—Puede usted venir si quiere...

Fui tras ellos hasta las humeantes ruinas. Todo estaba inundado de agua y espuma y el fuego había sido vencido. Pero todavía surgían lenguas de humo de los escombros.

El bombero nos guió por entre aquel caos hasta un montón de escombros evidentemente removido. Entre ellos había una forma calcinada, espeluznante.

—Ahí tienen —masculló el bombero, retirándose.

—Bueno, aunque no cabe duda que se trata de Cárrigan, deberá ser identificado —opinó el sargento.

—Eso no ofrecerá dificultad alguna —rezongó el teniente—. El médico de la familia podrá hacerlo con sólo darle un vistazo. Se lo pediré en cuanto termine con la señora... Cárrigan era un herido de guerra, ¿recuerda usted, sargento?

—Algo he oído sobre eso...

—Le hirieron en el cráneo. Perdió parte del hueso y no sé qué más. Para poder dejarlo nuevamente presentable, los cirujanos le colocaron una pieza de platino en lugar del hueso que le faltaba. El doctor debe saber los detalles de esa operación.

En efecto, los conocía. El médico era un hombre de unos sesenta años, de aspecto frágil y aristocrático. No pareció muy de acuerdo con tener que ensuciarse en medio de las ennegrecidas ruinas, pero llegó junto al cadáver calcinado y se inclinó sobre él, calzándose unos guantes de goma.

Estuvo examinando la cabeza varios minutos, valiéndose de unas

largas pinzas. Finalmente, se incorporó con una expresión de pesar en el rostro.

—Es Alfred Cárrihan sin la menor duda —anunció—. La placa de platino ha sido un poco dañada por el fuego, pero no es difícil reconocerla. Podré acabar de afirmarlo cuando me lleven el cadáver al depósito. Entonces se la extraeré.

—Compréndame, doctor —se excusó el teniente—. No es que dude de que se trata de Cárrihan, solamente que necesito cubrir esa formalidad.

—En ese caso no tendrá usted dificultad alguna. Afortunadamente para todos, Alfred llevaba esa placa en el cráneo. ¿Me necesita para algo más, teniente?

—No, doctor. Gracias. ¿Cómo está la señora Cárrihan?

—Descansa. Es preferible que la dejen tranquila durante unas horas. Ha sufrido un terrible *shock* nervioso, cosa muy comprensible dadas las circunstancias. Ha sido testigo de la espantosa muerte de su esposo...

Salió de entre los escombros a pequeños saltitos, evitando los charcos de agua sucia.

Detrás de él, nosotros también abandonamos el escenario del drama y anduvimos hacia la casa, en el momento que un largo y lujoso «Lincoln» gris maniobraba para estacionarse. Clayton gruñó un juramento.

—Es el fiscal —dijo—. No va a dejarnos tranquilos hasta que le aseguremos que no molestaremos a la viuda más de lo necesario.

Un hombre esbelto y distinguido descendió del auto y entró a la casa casi corriendo. Nosotros nos detuvimos al pie de la terraza, mientras el sargento se ocupaba de cambiar impresiones con el jefe de los bomberos.

Entonces, el teniente Clayton carraspeó y, con voz insegura, preguntó:

—¿Recuerda usted cómo se encontraba Alfred Cárrihan anoche?

—No comprendo.

—Me refiero a su estado de ánimo.

—Bueno, creo que perfectamente alegre. No puedo juzgar su estado normal ya que no le conocí lo suficiente, pero me pareció correcto.

—¿Y esta mañana?

—Ya se lo he contado. Estaba muy interesado en terminar un experimento preparado hace días.

—¿En ningún momento le dio la impresión de que estaba deprimido?

—En absoluto. ¿Debía estarlo acaso?

Se encogió de hombros.

—Tal vez.

—¿Insinúa usted que ha podido suicidarse?

—Ha sido sólo una idea.

—Esa clase de ideas no se elaboran sin una base, teniente.

Dio la impresión de que estuviera embarazado.

—En este caso, Newman, debo confesar que existe esa base.

—¿De qué está hablando? —exclamé, atónito.

—Es algo que se hará público ahora que ha muerto. Cárrigan estaba completamente arruinado.

La sorpresa me dejó sin habla unos instantes.

—Es la primera noticia —dije después—. Yo estaba convencido que estaban cubiertos de dinero.

—Usted es forastero y lógicamente juzga por las apariencias. Cárrigan tiró su fortuna por la borda desde el mismo día que murió su padre, hace pocos años. Lo único bueno que hizo desde entonces fue casarse con Mildred.

—Estuvo realizando un largo viaje de negocios por distintos Estados —comenté, pensativo—. ¿Para qué lo haría, si sus negocios ya no existían?

—Hace algunos meses liquidó cuanto le quedaba de ellos. Supongo que durante ese viaje trató de encontrar un buen comprador entre las relaciones comerciales de su difunto padre...

—Y de paso se trajo con él a una chica de campeonato. Me hubiera gustado conocer mejor a ese tipo.

—Otra de sus locuras. Cometió una tras otra desde que entró en posesión de los bienes de la familia. Bueno, ahora que sabe esa nueva faceta del asunto, Newman, ¿qué me dice?

—Sigo opinando que la actitud de Cárrigan no era la de un presunto suicida.

—¿Está seguro que no hubo ninguna frase de doble sentido, una despedida que a la luz de los acontecimientos pueda considerarse como una despedida dramática?

—Estoy seguro que no existió nada de eso.

—Está bien, pero yo debía asegurarme. Gracias por su colaboración. ¿Cuándo piensa partir?

—Tan pronto me lo permitan ustedes.

—En ese caso le prepararé sus declaraciones y podrá marcharse mañana. ¿Va a quedarse en la casa esta noche?

—No creo que sea lo más indicado después de lo sucedido. Tengo unos grandes deseos de estar lejos de aquí.

—Lo comprendo perfectamente.

Se desentendió de mí y quedé solo en el jardín. Busqué un banco sombreado y me senté a fumar un cigarrillo. Elegí un lugar que estaba a cubierto de miradas indiscretas, al mismo tiempo que me libraba de la contemplación de las humeantes ruinas y de los trabajos de los bomberos.

No obstante, escuché el ruido de un motor, y poco después un coche se alejó de la casa. Minutos más tarde, llegó una ambulancia cuya sirena enmudeció al entrar en la propiedad de los Cárrigan.

Me puse a pensar en lo absurda que resulta la vida a veces.

Y yo que había creído que Mildred nadaba en la abundancia. Bueno, arruinados por la mala cabeza de Alfred. Estaba demostrado que todo lo que él tenía era fachada.

De repente se me ocurrió que la idea del suicidio podía tener cierto sentido común en caso de que existiese alguna póliza de seguro de vida. Estuve a punto de desechar esa idea, por cuanto raras veces las compañías de seguros cubren el riesgo de suicidio, o, en caso contrario, estipulan unas primas astronómicas que un hombre arruinado no está en condiciones de satisfacer...

En fin, ¿qué me importaba todo esto a fin de cuentas? Mildred seguiría considerándome basura, así que al demonio con las cavilaciones. Todo lo que yo tenía que hacer era largarme cuanto antes, reanudar mi vida en Miami y dedicarme a vivir a mi nivel, gozando de la vida como hasta entonces lo había hecho.

Pero tuve la impresión de que, después de conocer a aquella mujer nada volvería a ser como antes. Mildred había dado al traste con mi sentido de los valores, arrebatándome al mismo tiempo la paz de espíritu.

No obstante, si estaba arruinada... Tal vez en ese caso comprendiese que estaba a mi nivel. O quizá no; ella seguiría siendo

una dama a pesar de todo.

Y yo una basura.

Muy bien; punto y aparte.

Me dirigí a la casa. Tropecé con el mayordomo justo cuando me disponía a atravesar la terraza.

—La señora ha preguntado por usted, señor —dijo.

—¿De veras?

—Ella le ruega que se marche, señor —añadió con la misma voz impersonal—. Me permito añadir que estaba muy excitada cuando me ha dicho eso...

Sentí que mis nervios daban un tirón.

—Okey, transmítale mis mejores saludos.

Di media vuelta y fui en busca del coche.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO V

En mi viaje de regreso a Miami me detuve en West Palm Beach el tiempo suficiente de comprobar si Mitzy seguía allí todavía.

El recepcionista del hotel me dijo que sí y subí a su habitación.

Necesité repetir varias veces la llamada para que dejara oír su voz.

—Soy Newman, Mitzy —anuncié—. Abra la puerta.

La abrió y me colé al interior. Llevaba una gran toalla arrollada al cuerpo y un diminuto gorro de baño.

—Estaba dándome una ducha —exclamó—. ¿Siempre es usted tan inoportuno?

—Sólo de un tiempo a esta parte.

—Bueno, siéntese. Tendrá que esperar.

Me dejó solo en la pequeña salita. Fumé un par de cigarrillos antes de volver a aparecer, envuelta en una bata de baño y cepillándose el cabello perezosamente.

—¿Ha querido comprobar que no regresaba al hogar? —rió, sentándose frente a mí.

—Sólo deseaba darle una noticia de última hora. Alfred ha muerto.

Se detuvo en sus movimientos de cepillarse el pelo.

—No hablará en serio...

—Completamente. Un accidente en su laboratorio.

—¡Qué cosas! Si llego a rehusar su ofrecimiento... ¡Madre mía! No quiero ni pensarlo. En buena situación habría quedado.

—¿Eso es cuanto se le ocurre como epitafio?

—¿Y qué quiere usted? Alfred no significaba nada para mí, más bien estaba cansada de soportarlo.

—Hábleme del viaje que hizo con él. ¿No sabe usted con quién

se entrevistó?

—No me interesaba averiguarlo. Algunas veces me habló de sus entrevistas con hombres de negocios, pero no le presté atención y no recuerdo nada. Me aburría, usted sabe...

—¿Le habló también de su afición por la química?

—Oh, seguro. Cuando se ponía a contarme sus maravillosos experimentos no callaba hasta que le faltaba el aliento. Era su pasión.

—¿Qué me dice del dinero?

—¿Qué dinero?

—El que gastaba con usted. ¿Era pródigo en los gastos, o más bien tacaño?

—Bueno... Yo diría que no le importaba demasiado el dinero. Y no debía importarle teniendo esa fortuna.

—Cárrigan estaba arruinado.

Abrió la boca, estupefacta.

—¿Está usted loco? —me espetó—. Un hombre arruinado no se lleva a una chica de viaje, y le instala en un apartamento como el mío... ¿De dónde ha sacado esa estupidez?

—Es la pura verdad, hermanita. Esos gastos del bello Alfred fueron su canto del cisne con la buena vida. No le quedaba nada.

—No puedo creerlo..., es absurdo. Si no tenía dinero, ¿por qué lo gastó conmigo?

—Según la policía, ésa era su manera de vivir. Fue gracias a esa absurda manía suya que se arruinó.

—Vaya tipo. Si llego a quedarme en el apartamento... Si lo hubiese sabido antes no hubiera aceptado sus proposiciones.

—Es lógico. ¿Le habló alguna vez de sus planes futuros?

—Nunca. Sus temas de conversación eran exclusivamente su afición a la química y su adoración por Alfred Cárrigan. El era el centro de su universo.

—Ya veo...

—¿Por qué me pregunta usted todo esto, Newman? Creo entender que su trabajo en este asunto ha terminado.

—Y así es. Sólo que me hubiese gustado conocer mejor al bello Alfred. Su personalidad me desconcierta.

—Oiga, ¿se dirige usted a Miami?

—Seguro.

—Me marchó con usted, así me ahorro el viaje.

—Reconozco que tiene usted una desfachatez asombrosa, nena. Con tres mil «pavos» en el viaje y ni siquiera es capaz de pagarse el viaje a Miami... Vivir para ver.

—He de cuidar mi economía, Mark. ¿Le importa que le llame así?

—En absoluto.

—¿Sabe? He pensado bastante en usted desde anoche.

—Seguro, y en que le pagué una pequeña fortuna.

—Eso en parte. Pero me dije que usted era mi tipo.

—No me cabe duda que lo pensó. ¿Qué capital me calcula?

—Ya empieza a ponerse desagradable otra vez. Voy a vestirme y nos marcharemos.

—Aprovecharé para telefonear a cierto policía...

Pedí comunicación con Stuart City y allí con el teniente Clayton. Cuando lo tuve al aparato dije:

—Ha surgido algo importante y he tenido que emprender el regreso antes de lo calculado, teniente. Mándeme las copias de mis declaraciones a la oficina, ¿comprende? Se las devolveré firmadas.

—¡Pero si ni siquiera están escritas! Necesito que usted las dicte a una estenógrafa... Además, es necesario que vuelva aquí.

—¿Por qué?

—Un investigador de seguros tiene interés en hablarle. Acaba de decírmelo por teléfono.

Sentí un escalofrío.

—¿Es que había algún seguro por en medio, Clayton?

—¡Y qué seguro! Seiscientos mil dólares.

Quedé mudo de estupor.

—¿Sigue ahí, Newman? —Gruñó el policía.

—Sí... Estaba pensando.

—Seiscientos mil machacantes son para pensar en ellos detenidamente.

—¿Sabe usted qué clase de póliza tenía suscrita nuestro amigo Cárrigan?

—Sólo algunos detalles que me han facilitado por teléfono...

—¿Cubría el suicidio?

—Sí, y el accidente también...

—Vaya, vaya...

—Y el asesinato, Newman.

—Debió costarle un capital sólo con primas.

—Pero las pagó. La última la liquidó hace sólo dos meses, con el producto de la venta de las últimas acciones que le quedaban. Incluso la compañía aseguradora le dio un plazo más largo para pagar, porque se había retrasado un poco.

—Y ahora se mete en un laboratorio y éste revienta. Imagino que los de la compañía aseguradora estarán mordiéndose los puños a estas horas. A propósito, ¿cómo ha averiguado lo del seguro?

—Por el abogado de la familia Cárrigan. Era el depositario de la póliza.

—Ya veo.

—¿Va usted a venir?

—Naturalmente.

—Oiga, ¿desde dónde me llama?

—Estoy en West Palm Beach.

—¡Magnífico! —exclamó—. ¿No es ahí donde me dijo usted que había llevado a la muchacha de Cárrigan?

—Sí.

—Trate de localizarla y tráigala para acá también. Sólo para que declare en el asunto del seguro.

—¿Qué demonios tiene ella que ver con eso?

—Ya sabe usted cómo son esos investigadores de seguros. Quieren remachar todos los clavos para justificar su sueldo. Esa chica les interesa.

—Lo haré con una condición, teniente.

—¿De qué se trata?

—Que no se la obligue a declarar en la encuesta. Nada de publicidad con ella.

—No la habrá.

—Muy bien.

Colgué. Mitzzy estaba detrás de mí mirándome con sus grandes ojos cargados de sospecha.

—¿Estaba hablando de mí, Mark?

—Debes volver, pequeña. Sólo para formular una declaración respecto a lo que sabes de Cárrigan. Pero en privado, ¿comprendes? Nada de tribunales ni encuestas. Ya lo has oído.

—No estoy segura que me guste eso.

—No debes preocuparte. Yo te llevaré y te traeré de vuelta a mi regreso. Siempre es mejor que si te obligan a volver mediante una citación legal, ¿eh?

Lo pensó un poco.

—Está bien, Mark. Pero nada de publicidad, como tú mismo has dicho.

Asentí con un gesto. Una vez más, tomé su maleta y la llevé al coche mientras ella liquidaba su cuenta.

Cuando estuvimos en la carretera comentó:

—No cabe duda que el destino se complace en unirnos, ¿no te parece?

—No creo que al teniente Clayton le guste que le llamen destino —reí.

—¿Todavía sigues opinando igual de mí?

—Hijita, ya te dije que no opino de ninguna manera. De todas formas, alguien dijo que yo era pura basura, de manera que eso puede servirte de consuelo.

—¿Quién te dijo eso?

No repliqué. De nuevo, la imagen de Mildred Cárigan había aparecido en mi mente, torturándome con su belleza y sus desprecios. ¿Es que no iba a poder olvidarla jamás?

Repentinamente, Mitzy dio un respingo y me agarró por el codo.

—¿Qué te pasa ahora? —rezongué.

—¡Mi dinero, Mark!

—¿Qué te pasa con él?

—¿Crees que intentarán quitármelo?

—¿Te refieres a los tres mil dólares?

—¡Naturalmente!

—Nadie te los quitará, encanto. Además, la policía no sabe una palabra de eso. Fue lo único que no les dije respecto a ti.

—¿De veras hiciste eso, Mark?

—Seguro. Siento debilidad por las pelirrojas.

—Para el coche, ¿quieres?

—¿Por qué?

—Es algo urgente... Por favor.

Arrimé el coche a la cuneta y lo detuve. Giré la cabeza hacia ella, intrigado. Entonces me echó los brazos al cuello y sus labios cayeron sobre los míos como una llama viva.

Bien, comprobé que por sus venas corría sangre. No obstante, mientras estaba besándola, pensé cuánto me hubiera gustado que Mildred supiera besar de aquella manera...

Me maldije por acordarme de ella en aquellos instantes, pero acabé reconociendo que era algo superior a mi voluntad.

Definitivamente, el coche estuvo mucho tiempo estacionado al borde de la carretera...

CAPÍTULO VI

El investigador de la compañía de seguros era un hombrecillo de aspecto insignificante, ojos vivos y cabeza calva. Estaba sentado en el despacho del teniente cuando entramos, y a pesar de su aspecto débil su apretón de manos fue recio y decidido.

Luego miró a Mitzy y le sonrió.

—Siempre me han gustado las pelirrojas —dijo con una sonrisa de conejo—. Profesionalmente quiero decir. Mi mujer no me permitiría que fuera de otra manera. Y también es pelirroja, ¿saben? ¿No quiere sentarse, señorita?

Parecía el dueño del despacho. Miré al teniente y éste se encogió de hombros, entre resignado y divertido.

—Mi nombre es McCallum, Stephen McCallum —se presentó cordialmente—. El teniente ha sido tan amable que ya me ha puesto al corriente de los detalles generales del caso. ¿Le importaría contarme usted su historia, Newman? Me gusta conocer los hechos de primera mano.

No tuve inconveniente alguno, naturalmente. Me escuchó con los ojillos entrecerrados, asintiendo de vez en cuando con la cabeza, como aprobando lo que oía.

Hasta que terminé. Entonces dijo:

—Fue una gran cosa que usted estuviera presente en el momento de la catástrofe, Newman. Va a ahorrarme mucho trabajo. Y ahora veamos qué tiene que decirnos la hermosa pelirroja. ¿Quiere contarme cómo conoció al señor Cárigan y todo lo demás? Palabra que lo que usted me diga será considerado por mí como confidencial.

Mitzy le relató lo que yo ya conocía. McCallum no apartaba sus ojos de ella y se notaba a la legua cuánto gozaba con la

contemplación de la espectacular muchacha, aunque eso no le impedía prestar la máxima atención a cuanto escuchaba. Después, le formuló una serie de preguntas que no le condujeron a nada y acabó dando por terminado el interrogatorio.

—Todo parece estar en orden —murmuró—. Pero tratándose de una póliza de seiscientos mil dólares la compañía exige las máximas comprobaciones. ¿Se sabe qué materia provocó la explosión, teniente?

—Aquí tiene usted el informe de los peritos. Es imposible averiguar exactamente qué clase de material estalló en primer lugar. Ya sabe lo que es un laboratorio..., hay docenas de líquidos y materias altamente inflamables.

—¿Había gasolina dentro del recinto? —preguntó el hombrecillo.

—Los expertos dicen que no. Y lo mismo opinan los bomberos.

—¿Éter tal vez?

Clayton se encogió de hombros.

—Pudo haberlo. Como pudieron haber allí dos docenas de líquidos tan altamente inflamables como el éter. ¿Importa mucho la clase de mejunje que provocó el cataclismo?

—En realidad, no mucho —confesó el investigador—. Sólo que el averiguarlo me permitiría cerrar mi informe con más detalle. En fin, ya veré...

Se dedicó durante unos minutos a leer el informe de los bomberos. Cuando terminó arrojó el *dossier* sobre la mesa y suspiró.

—Me pregunto por qué Cárrihan insistió tanto en que fuera mantenida en secreto la existencia de la póliza...

Agucé los oídos.

—¿Eso fue lo que hizo? —pregunté.

—Exactamente. Puso como condición para suscribirla que nadie debía saber que ese seguro existía. Tan sólo mi compañía y su abogado estaban enterados.

—De manera que su esposa desconocía que en caso de muerte de su marido ella cobraría seiscientos mil dólares.

—Eso es.

—No es una conducta lógica...

—Sí lo es hasta cierto punto —opinó McCallum, pensativo, pellizcándose el labio inferior—. Hay clientes que insisten en ese

secreto, a veces para evitar suspicacias, otras para su íntima satisfacción... Uno nunca sabe lo que piensan los demás en estos casos. En fin, creo que iré a visitar a la viuda ahora.

Clayton masculló:

—Con ese seguro, y estando arruinado, sería lógico sospechar que Alfred Cárigan se suicidó, ¿no cree usted, McCallum?

—Pero Newman no captó nada que pudiera hacérselo sospechar. ¿No es cierto?

Asentí y él añadió:

—Y aunque se tratase de un suicidio, a efectos del seguro todo seguiría igual. La póliza sería pagada sin discusión, puesto que ese riesgo estaba cubierto, igual que el de asesinato.

—Ya veo...

Mitzy se levantó.

—Si no me necesitan... Me pone nerviosa este lugar.

McCallum se apresuró a levantarse también. Era más bajo que ella.

—No creo que volvamos a molestarla más, linda pelirroja. Ha sido un placer haberla conocido.

Ella premió sus palabras con una deslumbrante sonrisa y se encaró conmigo:

—¿Podremos marcharnos ahora, Mark?

—Todavía tardaremos un poco. ¿Por qué no vuelves al apartamento hasta que pase a buscarte? Supongo que el alquiler estará pagado por una temporada.

—Por un trimestre. Falta más de un mes para que venza.

—Entonces, te llevaré allí. Cuando lo tenga todo dispuesto para firmar, avíseme, teniente.

—De acuerdo. Su declaración formulada ante McCallum ha sido tomada ya por un estenógrafo, de manera que sólo es cuestión de pasarla a máquina.

El investigador de seguros carraspeó:

—Me pregunto si le importaría a usted acompañarme, Newman. Sólo para presentarme a la viuda. Usted la conoce y eso haría más fáciles las cosas.

Titubeé. Mi presencia en la casa no iba a ser muy bien recibida.

No obstante dije:

—Perfectamente. Iremos juntos.

Así que salimos los tres, ante la mirada curiosa del teniente Clayton, y una vez en el coche Mitzy murmuró:

—No puedo dejar de pensar en la suerte de esa mujer... ¡Seiscientos mil dólares! Un fortunón...

McCallum, que se había sentado en el asiento trasero, dejó oír su voz atiplada:

—¿Le llama suerte a perder el marido?

—Depende. A veces una lo pierde y no consigue ni un centavo por eso.

Ya no hablaron más hasta llegar al edificio donde ella tenía el apartamento instalado por Cárrigan. De nuevo me tocó cargar con la maleta hasta arriba. La muchacha miró a su alrededor y murmuró:

—Ahora me produce alergia este sitio, Mark.

—Es sólo por unas horas. Trata de pasarlo bien.

—Te estaré esperando.

Me encaminé a la puerta y ella vino pisándome los talones hasta que la abrí. Entonces se colocó delante de mí y susurró:

—Me gusta como besas, Mark.

—Yo tampoco tengo nada que objetar a la manera como lo haces tú.

Reí y ella cortó mi risa con sus labios. Cuando se apartó por falta de aliento murmuró:

—Si yo fuera otra clase de chica tú podrías enamorarte de mí, ¿no es cierto, Mark?

—Uno puede enamorarse de ti de todas formas, pequeña.

—¿Lo crees realmente?

—¿Por qué no?

—Bueno, ya sabes qué clase de vida he llevado...

—Todos arrastramos algunas miserias auestas. Lo importante es reconocerlo y saber cambiar de rumbo a tiempo.

No dijo nada, pero sus ojos brillaron como ascuas. Se quedó en el umbral viéndome marchar, y no oí cerrarse la puerta hasta que ya había descendido un tramo de escalera.

En el coche, McCallum dijo:

—¿Qué tal es la viuda, Newman?

—Espectacular. Una gran belleza..., altiva y lejana, si es que sabe lo que quiero decir.

—Creo que sí. ¿Se llevaba bien con su marido?

—Estaba muy enamorada. Necesité luchar con todas mis fuerzas cuando se produjo el incendio. Ella quería meterse en medio de las llamas para intentar salvarlo.

—Histeria.

—Seguro.

—Esta vez, mi compañía no va a quedar muy contenta con mi actuación. Nunca están satisfechos cuando tienen que pagar.

—A nadie le gusta pagar. Si lo duda recuerde sus impuestos.

Se echó a reír. Conduje directamente hasta la hermosa casa de la colina y llevé el coche a la explanada delantera. Me pareció que una cortina de una ventana del primer piso se agitaba, como si alguien la hubiera dejado caer precipitadamente. Pensé que ella nos había visto llegar y al reconocer el coche se había apartado de la ventana de golpe.

Burgh nos franqueó la puerta.

—¿Podemos ver a la señora? —indagué—. Dígale que está aquí el investigador de la compañía de seguros.

—Tengan la bondad de esperar en el salón, señor Newman. La avisaré.

Al quedar solos, McCallum gruñó:

—Supongo que el abogado la habrá puesto al corriente de este asunto. Un excelente consuelo en medio de su dolor.

No pude descubrir si había sarcasmo en su voz, ni tuve ocasión de pensar en eso debido a la entrada de Mildred al salón.

De nuevo, su visión alteró los latidos de mi sangre y no pude apartar los ojos de ella mientras avanzó a nuestro encuentro.

McCallum dijo con voz neutra:

—Lamento lo sucedido, señora. Éstos son los momentos más desagradables de mi profesión, pero mi condolencia es sincera.

Ella le miró con sorprendida sinceridad. El le sonrió y añadió:

—¿Le molesta que le haga ahora unas preguntas, o prefiere que vuelva cuando haya tenido más tiempo para serenarse?

—No, estoy bien. Puede preguntar lo que quiera.

—¿La han enterado de la existencia de la póliza de seguro?

—En efecto; nuestro abogado se apresuró a visitarme tan pronto conoció la noticia. Pero yo no sabía que Alfred... Nunca me dijo nada de ningún seguro de vida.

—Ya lo sé. El insistió en mantenerlo secreto.

—Eso mismo me ha dicho el abogado. ¿Por qué haría una cosa como ésta? No puedo comprenderlo.

—Temo que ya nunca podremos averiguarlo, señora.

Bien, ¿puede usted decirme qué clase de materias almacenaba su esposo en su laboratorio?

—Me es imposible mencionarle una siquiera. Nunca entraba allí. Había intentado disuadirle de su afición por los experimentos, pero nunca conseguí nada. Y ahora...

Su voz se quebró. McCallum carraspeó antes de proseguir:

—Para su tranquilidad, le diré que la póliza cubre el riesgo de suicidio, de manera que no tiene nada que temer por ese lado. Pero dígame, ¿observó algo extraño en su esposo estos últimos días?

—Nada en absoluto. Se comportaba con perfecta naturalidad.

—¿Sabe si alguien le odiaba, o si tenía enemigos?

—Alfred era incapaz de crearse enemigos. Por otra parte, no nos relacionábamos mucho con la gente, usted sabe.

—Bueno, ya estoy enterado de la misión que trajo a Newman aquí. He conocido a la pelirroja... Mitzy creo que se llama. ¿Hubo alguna otra mujer en la vida de su esposo últimamente?

—Nunca supe de ninguna. Y en cuanto a esa mujerzuela... Bueno, creo que Alfred la trajo aquí por despecho. Pero él me quería sólo a mí.

—No lo dudo, señora, especialmente después de verla —comentó el hombrecillo jovialmente—. ¿Tiene inconveniente en que de un vistazo a los escombros?

—Naturalmente que no. Puede usted hacerlo.

—Debo advertirle que para hacer efectivo el importe del seguro es preciso que acuda usted personalmente a las oficinas de Miami de nuestra compañía, ¿entiende? Sólo deberá identificar su personalidad, exhibir el certificado de matrimonio y le será entregado el cheque correspondiente. ¿Podrá usted desplazarse dentro de dos días? Pongamos el viernes...

—No tengo otros compromisos. Iré el viernes.

—Estará todo preparado. Y ahora, si me permite...

—¿Necesita que le acompañe? —pregunté.

—Oh, no. Sólo deseo hacerme una idea del lugar del accidente para hacerlo constar en mi informe. Puede esperar aquí, Newman.

Se fue y ella y yo quedamos solos, mirándonos recto a la cara.

—Nada ha cambiado, ¿verdad? —dije.

—¿Qué debería haber cambiado?

—Su actitud.

—Siempre será la misma...

—Especialmente ahora, que vuelve a ser rica.

—Es usted odioso, señor Newman.

—Eso ya lo dijo otra vez.

—Usted me obliga a repetirlo. ¿Por qué se ensaña conmigo?
Nunca le he dado el menor aliento para importunarme.

—Lo sé, y eso es precisamente lo que me subleva. No puedo evitar pensar en usted a todas horas. Es superior a mí.

—Es mejor que espere usted sólo a su colega. Dígale que me he sentido indispuesta repentinamente.

Giró sobre los talones y se fue, más altiva que nunca. Maldije mi estupidez y sentí deseos de abofetearme.

Todo lo que hice fue encender un cigarrillo y dirigirme a la terraza. Empezaba a sentir lástima de mí mismo.

CAPÍTULO VII

Llevé a McCallum de regreso a la ciudad. Me pareció muy pensativo y apenas si despegó los labios en todo el trayecto.

Estábamos llegando cuando le interrogué:

—¿Qué le pasa a usted, lamenta que su compañía tenga que desembolsar seiscientos mil «pavos»?

—No, eso son riesgos calculados por los expertos. Pero cuanto más lo pienso, más seguro estoy de que ese tipo sabía que iba a morir.

—¿Cómo puede decir eso, si ni siquiera le conoció?

—Piénselo usted mismo. Suscribió una póliza por una cantidad tremendamente importante. Pagó las dos primeras primas sin demora alguna. Después su ruina se consumó y necesitó pedir un aplazamiento... Y para poder pagar la tercera vendió todo cuanto le quedaba, un paquete de acciones cuyo importe íntegro lo empleó para el pago. Y poco después de eso, se mete en el laboratorio y éste estalla como un infierno. Y su interés en mantener secreto lo de la póliza... Si ésta no hubiese cubierto el suicidio me preocuparía mucho.

—Sea como sea, suicidio o accidente, tienen que pagar.

—Sí, claro.

—Pero no parece usted muy convencido.

—Trato de explicarme el razonamiento de Cárrigan, eso es todo. Se sale de lo normal, ¿se da usted cuenta? Una cabeza loca que despilfarró una fortuna en pocos años, y que no obstante no se preocupó de buscarse un trabajo remunerativo, ni luchó por defender los negocios que había heredado... Todo lo que hacía era encerrarse en su laboratorio y perder horas y horas en experimentos que no le conducían a ningún fin práctico.

—Olvida usted que realizó un largo viaje de negocios. Mitzy lo ha declarado y no cabe duda al respecto.

—Seguramente buscando un buen comprador para sus acciones. Debió pensar que las viejas amistades de su padre estarían dispuestas a pagar más generosamente que un simple agente de Bolsa.

—No encaja —mascullé.

—¿Por qué?

—Ahora es usted quien debe exprimir su cerebro, McCallum. Cuando Cárrigan efectuó ese viaje, las acciones ya estaban vendidas y la prima del seguro pagada.

—¡Demonios, es cierto! —exclamó enderezándose—. No se me había ocurrido pensar en las fechas de ambos hechos...

—¿Dónde quiere usted que le deje? Mitzy estará impaciente...

—Ella aguardará un poco más. Lléveme otra vez al despacho del teniente. No quiero arriesgarme a que mi compañía me considere un descuidado. Voy a darles tantos detalles como pueda reunir, a pesar de que no haya dudas sobre la obligatoriedad del pago.

Suspiré resignadamente. Minutos después estábamos de nuevo delante de Clayton.

—¿Alguna dificultad? —indagó el teniente.

—Ninguna, sólo pequeños detalles —refunfuñó McCallum—. ¿Quiere mostrarme otra vez sus notas, por favor?

Estuvo leyéndolas una y otra vez hasta que al fin se echó hacia atrás en la silla.

—Observo que rió hay nada del proveedor de Cárrigan. ¿Dónde conseguía sus potingues de laboratorio?

—Supongo que en el almacén de Clark Davis. Es el único verdaderamente importante que hay en la ciudad.

—Le haré una visita también. ¿Tiene ya el informe del médico forense?

Clayton abrió el cajón central de su mesa y extrajo de él un pequeño envoltorio y unos papeles.

—Ahí tiene usted —anunció, descubriendo el contenido del envoltorio—. La placa de platino que Cárrigan llevaba en el cráneo. Y aquí el informe técnico del médico.

McCallum se dedicó a leerlo de arriba abajo. Yo aproveché para dar un vistazo a la lámina de platino, ennegrecida por el fuego y un

poco doblada en uno de los bordes.

Cuando dejó los papeles, el investigador de seguros gruñó:

—Necesitaré una copia de eso, teniente, ¿cree que podrá conseguirla? Es para incluirla en mi informe relativo a la identificación del cadáver.

—Desde luego que sí. Reconozca que le damos el trabajo hecho, McCallum. Esa placa es la mejor identificación, tratándose de un cadáver carbonizado.

Asintió con un gruñido y se levantó.

—Antes de marcharme de la ciudad —dijo—, pasaré por aquí a recoger esa copia del informe médico. Gracias una vez más, teniente.

Otra vez en la calle, el hombrecillo se detuvo en la acera el tiempo justo de preguntarle a un guardia por el almacén de Davis. Luego se agarró a mi brazo y casi me empujó hacia el coche.

—Vamos allá —decidió alegremente—. Usted es mi salvación, Newman.

—No puede negar que tiene una desfachatez descomunal. ¿Me ha tomado por un taxi?

—Precisamente me ahorra los taxis, usted sabe...

—Pero usted incluirá en su hoja de gastos un mínimo de cincuenta dólares por desplazamientos, ¿no es cierto?

—Usted es un profesional, amigo. Claro que los incluiré...

Aparté el coche de la acera. A mi lado, McCallum runruneó como un gato cuando dijo:

—A pesar de sus protestas, apuesto a que le gusta acompañarme.

—No haga chistes... ¿Por qué tendría que gustarme?

—Porque usted se interesa mucho por la señora Cárigan, naturalmente.

—No sé a qué se refiere.

—Vamos, vamos, llevo muchos años en estos trotes. He visto cómo la miraba y sé reconocer esos síntomas cuando los veo en un hombre.

—Comprendo. Se considera muy listo sólo porque ha sorprendido una mirada un tanto brillante en mis ojos.

—¿Brillante? Era la misma clase de mirada que un hambriento dirigiría al escaparate de un buen restaurante. Pero reconozco que no es para menos; es una mujer como no he visto otra en todos los

días de mi vida. Si yo tuviera sus años, amigo, y su fachada de luchador, también albergaría esperanzas.

—Está rematadamente loco. No existe esperanza alguna con esa mujer. Es un témpano.

—Tonterías. Es un volcán. En reposo si usted quiere, pero un volcán capaz de estallar en cualquier momento.

—Tal vez, pero no conmigo.

—Quizá no ha sabido usted pulsar su cuerda sensible...

Se echó a reír. Sentí tentaciones de golpearle donde más le doliera, pero me contuve.

Detuve el auto ante la fachada de un almacén enclavado en una céntrica esquina. Sobre la puerta, el nombre de Clark Davis campeaba en letras rojas.

Entramos y McCallum fue directo al grano:

—Quiero saber qué materiales le han vendido últimamente al señor Cárigan para su laboratorio. Supongo que llevan ustedes un registro de pedidos...

—En efecto. Nos hemos enterado ya de la desgracia... Debe haber sido espantoso...

Esperamos hasta que el hombre nos trajo un archivador abarrotado de notas escritas a mano.

—Son los pedidos del señor Cárigan —explicó—. Nunca encargaba grandes cantidades, pero sí solicitaba una gran variedad de materias químicas.

—¿Solía utilizar éter en sus experimentos?

—No recuerdo... Tendrá usted que examinar los pedidos.

Lo hizo pacienzudamente. Pero abandonó la tarea al llegar a fechas de un año atrás.

—Sólo una vez pidió éter —refunfuñó—, y en muy pequeña cantidad. Creo que estamos perdiendo el tiempo.

—De eso yo también estoy convencido.

Me miró y esbozó una sonrisa.

—No obstante, la mayoría de esos pedidos son de materias que en un caso dado pueden estallar, sobre todo si se mezclan algunas de ellas.

—Recuerdo que la primera explosión fue una verdadera bomba. Debí acumular muchas de esas materias para conseguir semejante estallido...

—O quizá consiguió una fórmula mucho más peligrosa de lo que él imaginó. Tengo entendido que a pesar de su gran afición, no era un verdadero experto en química.

—Eso es cierto. ¿Adónde ahora?

—Voy a dejarle tranquilo de una vez, Newman. Ya he abusado demasiado de su amabilidad para conmigo. Quiero dar un paseo, para pensar en la mejor manera de redactar mi informe sin que el director y los consejeros se rasguen las vestiduras. De todos modos, si recuerda usted algo que le parezca de interés, llámeme.

Me dio su tarjeta, estrechó mi mano y se alejó por la acera andando con pasos cortos y rápidos.

Guardé la tarjeta, me senté al volante y puse el motor en marcha.

Estuve un rato pensando en lo que McCallum había, dicho respecto a su impresión de que Cárigan sabía que iba a morir. Me intrigaba el interés por mantener secreta la existencia del seguro, y me intrigaban una serie de cosas más que no eran de mi incumbencia.

Y seguía torturándome el recuerdo de Mildred y su tremendo desprecio hacia mí.

«Basura», había dicho.

Tal vez. Pero a pesar de eso, era cierto que ella me había llegado muy adentro. Me dije que ya era hora de desprenderme de mi obsesión por aquella mujer. Decididamente, no era para mí.

Y, si me detenía a pensarlo, quizá llegase a descubrir que mis sentimientos para con ella no eran exactamente como yo los imaginaba. Tal vez fuera sólo orgullo... El estúpido y necio orgullo de alcanzar con la mano algo que estaba tan por encima de mí que ni siquiera debía seguir pensando en ello.

Pero Mildred Cárigan merecía una lección, aunque sólo fuera para castigar su despreciativa altivez...

Acabé llamándome idiota en voz alta y aparté el coche de la acera. Al demonio con todo eso, pensé. Mitzy estaría esperándome, y ella sí era de mi clase, de mí misma altura y hablaba mí mismo lenguaje.

Y cuando besaba lo hacía con todos sus sentidos asomándose a los labios, y uno sentía que en sus venas, corría sangre ardiente y viva, y no agua helada procedente del fondo de un pozo de frialdad.

Así que conduje rumbo a su apartamento y al llegar a esa decisión me sentí mucho más ligero y alegre, como si acabase de quitarme una gran preocupación de encima.

Y fue durante el trayecto que tuve la corazonada. Instintivamente, aflojé la velocidad y los coches que venían detrás escandalizaron estruendosamente con sus bocinas. Busqué un lugar donde estacionar, dejé el auto y entré en una farmacia, sólo para consultar la guía de teléfonos.

Anoté cinco direcciones de otros tantos almacenes, que supuse de menos categoría que el visitado en compañía de McCallum, y en el cual había hecho siempre sus compras Alfred Cárigan.

Y empecé el recorrido.

CAPÍTULO VIII

En el primero ni siquiera hablan oído el nombre de Cárrigan. Nunca le habían servido nada mediante pedido.

En el segundo, un establecimiento viejo y con escasa provisión de mercancías, recordaban que años atrás, cuando todavía vivía el viejo Cárrigan, le habían suministrado algunos pedidos, pero después de su muerte no habían vuelto a ser favorecidos con las órdenes de la encumbrada familia.

Fue en el tercero donde tropecé con algo sólido.

—Sí, hicimos un envío a la casa de la colina —dijo el propietario y dependiente, todo en una pieza—. Cincuenta litros de queroseno y diez de éter. Dos bidones.

—¿Cuándo fue hecho ese pedido?

—Aguarde un instante...

Consultó unas notas. Luego dijo:

—Justamente el viernes de la semana pasada, hace seis días.

—Es lo que deseaba saber. Supongo que no hicieron el pedido mediante nota escrita.

—No señor, fue por teléfono.

—Ya lo imaginaba.

—Una mujer —añadió.

Quedé helado. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal y se quedó allí unos instantes, culebreando arriba y abajo.

—¿Está seguro que fue una mujer quien hizo el encargo?

—Naturalmente. Lo recibí yo personalmente.

—¿Quién lo sirvió a domicilio?

—Mi hijo. Hace el reparto cuando termina sus clases... Tenemos una furgoneta, usted sabe...

—¿Habían servido con anterioridad algún pedido a los Cárrigan?

—Nunca, que yo recuerde.

—Me gustaría hablar con su hijo, sólo para hacerle una pregunta.

Sonrió.

—Eso va a ser difícil. Está en Miami y no creo que regrese en un par de días.

—Lo lamento... Bien, gracias. Ha sido usted muy amable. Tal vez vuelva por aquí.

Regresé al coche y entonces sí emprendí el camino del apartamento de Mitzy. Antes de forjarme teorías fantásticas había que atar todos los cabos. Y no estaba muy seguro que después de atarlos todos con buenos nudos me sirvieran de nada.

Ella abrió la puerta, esperó que entrase y me rodeó el cuello con los brazos.

—Voy a confesarte algo, Mark —runroneó.

—¿Qué es ello?

—Nunca había sabido lo que era aguardar a un hombre con ansiedad. Ahora ya lo sé.

Sus labios subieron al encuentro de los míos. De nuevo, el cúmulo de sensaciones enloquecedoras vibró en mí con tanta fuerza que me asombró. No creía que todavía fuera capaz de experimentar nada semejante a mis alturas.

Cuando pude desprenderme de ella la llevé a la butaca, nos sentamos y le pregunté sin rodeos:

—¿Recuerdas si alguna vez Cárrigan te pidió que telefoneases a alguien en su nombre?

—Nunca.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—¿No te pidió que telefoneases a un almacén pidiendo cierta cantidad de materiales para su laboratorio?

—Estoy segura que nunca hizo eso. Ni recuerdo que telefonease a nadie estando aquí.

—Eso es cuanto quería saber.

Me levanté y ella me sujetó por los brazos.

—¿Te marchas otra vez, Mark?

—Es preciso... Pero creo que podré regresar pronto y entonces nos largaremos a Miami sin más dilaciones.

—¿No puedes decirme qué es lo que pasa, querido?

—Todavía no...

—Por favor...

—Todo lo que puedo decirte es que voy a librarme de una obsesión.

La dejé intrigada y nerviosa, pero realmente no podía decirle más.

Anocheecía cuando llegué a la casa de la colina. Desde la verja cerrada solo pude descubrir una luz encendida en la planta baja de la fachada delantera, a un lado del porche.

Calculé que era el salón que ya conocía. Pulsé el botón del timbre y esperé.

Burgh, el mayordomo, tardó mucho tiempo en aparecer por el paseo de grava. Se detuvo al otro lado de la reja y cuando me miró no había mucha amabilidad en su expresión.

—Deseo ver a la señora Cárigan —anuncié—. Ahora.

—Lo siento mucho, señor Newman, pero la señora se encuentra indispuesta. No desea recibir a nadie...

—A mí me recibirá. Dígale que es importante... Muy importante para ella.

—Es inútil, señor.

—Escuche, esa historia de que está indispuesta la ha utilizado antes conmigo de intermediario. No cuela. Abra esa reja si quiere evitarle disgustos a su ama.

Titubeó. Luego dijo en voz baja, como si revelase un gran secreto:

—La verdad es, señor, que está esperando al señor Fremont. Ha telefonado anunciando su visita. El señor Fremont es el fiscal del Estado, usted sabe...

—Lo sé. No obstante eso no cambia nada.

—Si el señor quisiera decirme el motivo de su visita, yo podría preguntarle a ella si...

—Es a ella a quien he de decírselo.

Nuevo titubeo. Al fin hizo un gesto de resignación y murmuró:

—Me arriesgaré a recibir una reprimenda, señor...

Abrió la verja y me dejó entrar, cerrándola otra vez. Le dije que subiera al coche y lo llevé hasta la plazoleta.

—No es necesario que me anuncie —le advertí cuando

estuvimos en el vestíbulo—. Conozco el camino.

No le gustó eso tampoco, pero eché a andar y él no se atrevió a cerrarme el paso, de manera que entré al salón y me detuve en medio de la alfombra, admirando la magnífica figura de Mildred Cárrihan y soportando el furioso dardo de sus ojos.

—¡Usted! —exclamó—. No comprendo cómo Burgh le ha dejado pasar...

—No ha podido hacer otra cosa, señora Cárrihan.

—Es inconcebible el cinismo de que hace gala usted. Le he dicho con claridad que su presencia aquí me es sumamente desagradable. Le he demostrado el desprecio que usted me inspira desde la otra noche..., en su habitación. ¿Es que no tiene usted sentido del ridículo acaso?

—Ya basta.

—¿Cómo se atreve?

—Baje de su pedestal, reina. Ya es hora de que descienda al nivel de los simples mortales como yo.

—¿Está borracho? Porque de otro modo es imperdonable esa manera de expresarse.

—Eso me recuerda que hace horas que no pruebo una gota. Un trago me sentaría bien.

Avancé hacia el mueble-bar que había sido colocado junto al diván, en espera del importante invitado, y me serví una generosa dosis de *whisky*. Le añadí un poco de soda y levanté el vaso.

—Por sus seiscientos mil dólares, Mildred.

Acabó de perder el poco color que le quedaba en las mejillas. De sus ojos almendrados se desprendía tal cantidad de furor que casi me hacía daño.

—Fuera de aquí —silbó entre dientes.

—Oh, no todavía.

—¡Márchese, o llamaré a Burgh!

—¿Y cree que él podría echarme? Advierta que peso más del doble que su mayordomo...

Se quedó unos instantes sin habla, vibrante de indignado desprecio.

Después masculló:

—Forzosamente debe estar borracho... Avisaré a Burgh, y si es necesario él se encargará de llamar a la policía. Sea como sea, me

veré libre de su intromisión.

Bebí casi todo el contenido de mi vaso. Ella anduvo como una reina hacia la puerta. Esperé que llegara a ella y sólo entonces dije con perfecta calma:

—Advierta a Burgh que diga a la policía, cuando llame, que Alfred Cárrigan fue asesinado, señora.

Se detuvo como si acabara de sufrir un ataque de parálisis. Yo apuré el vaso, saqué un cigarrillo, lo encendí y me senté en el diván.

Sólo entonces ella se volvió lentamente, con una palidez cadavérica en el rostro.

CAPÍTULO IX

Poco a poco volvió sobre sus pasos y vino a detenerse frente a mí.

—Está loco —balbuceó.

—No, que yo sepa.

—¿Cuál es la idea?

Exhalé una nube de humo hacia el techo.

—¿Debe haber una idea forzosamente?

Usted ha dicho esa cosa horrible con algún fin. ¿De qué se trata? Puede esperarse cualquier cosa de su sucia mente... ¿Por qué ha afirmado usted que Alfred fue asesinado?

—Porque es cierto.

—¡Maldito sea usted, Newman! No puede venir aquí y decir una monstruosidad semejante, después que usted mismo vio que todo fue un desgraciado accidente. Alfred acababa de separarse de nosotros cuando sobrevino la explosión..., estaba solo en el laboratorio... ¡Dios santo! ¿Cómo ha podido urdir tamaña insensatez?

—He de confesar que es usted una excelente actriz, Mildred, de veras. Esta representación de honor ultrajado, de estupor rayano en la total incompreensión es genial...

—Ahora es cuando realmente voy a llamar a la policía. Haré que pague lo que está haciendo..., y lo conseguiré. Fremont me ayudará.

Inició otra vez el viaje a la puerta. No me moví, sólo dije:

—Incluso a Fremont, por muy cegado que esté por sus encantos, le costará encontrar una razón al hecho de que usted encargase ciertos materiales altamente inflamables.

—¿Qué dice?

—Y en una tienda a la que nunca habían comprado nada. Un almacén pequeño y viejo que no lleva registro escrito de los pedidos, pero cuyo dueño tiene una memoria excelente.

Abrió la boca como un pez fuera del agua. Sus ojos ya no echaban chispas ni había en ellos otra cosa que un mortecino resplandor de desesperación.

Y de repente murmuró:

—¿Tanto me odia usted, Newman?

—Demonios, no. ¿Por qué tendría que odiarla?

—Sí me odia. El despecho le hace odiarme hasta ese extremo. Quiere conseguirme y se ha propuesto sembrar la duda en la policía y en la compañía de seguros mediante esa infamia..., si no accedo a sus pretensiones. He debido comprenderlo antes. Un chantaje, un sucio y burdo chantaje.

Me tocó el turno de quedarme sin habla. Su actitud era terriblemente sincera y tuvo la fuerza suficiente para hacerme vacilar.

Pero yo había ido allí con un propósito, de manera que seguí adelante.

—De nuevo se equivoca, reina. Es; cierto que se ha metido en mi sangre. Es cierto que estando lejos de usted no puedo apartarla de mi pensamiento. Pero ahora no se trata de eso ni de que quiera conseguirla mediante un chantaje. Ésa sería una pobre victoria para mí. Afirmando que usted compró materiales capaces de hacer volar tres laboratorios como los de su esposo. Y los compró subrepticamente, en un almacén de mala muerte donde jamás habían comprado absolutamente nada. ¿Se atreve a negarlo?

Se echó atrás, pálida y temblorosa. Mi pequeño discurso le había hecho mella.

—No —dijo en un susurro.

—Ajá. Fue un asesinato.

—¡No!

—Vaya si lo fue —insistí, cerrando las mandíbulas como un cepo, furioso—. He repasado los pedidos del almacén de Clark Davis, donde compraba su marido regularmente. Casi nunca había adquirido ni queroseno ni éter puro. Además, siempre era él quien efectuaba el pedido personalmente, o bien por teléfono o bien mediante una nota. Nunca usted. No obstante, para ese detonante

pedido intervino usted, y en un almacén distinto. ¿Por qué, Mildred?

—¡Basta, basta! —chilló—. No tiene derecho a acusarme. Alfred me pidió que hiciera el pedido...

—¡No me diga! —exclamé con sarcasmo.

—¡Le juro que es cierto! El estaba muy ocupado con el experimento que dejó sin terminar y me pidió que hiciera el pedido...

—¿Por qué no lo pasó a Clark Davis, como de costumbre?

—No se me ocurrió.

—Ahora miente con menos convicción. ¿Por qué?

Se retorció las manos con desesperación.

—Está loco... ¡Loco, maldito sea! Yo ignoraba la existencia del seguro. ¿Por qué, entonces, había de matar a Alfred?

—Posiblemente descubrió que había ese seguro. Quizá vio una copia de la póliza, o el original. Su esposo debía tenerlo guardado en alguna parte. Eso le dio la idea para escapar a la ruina.

—¡Es absurdo! No lo sabía. Además, cuando sobrevino la explosión yo estaba con usted..., en la terraza. ¿Cómo pude provocarla en esas circunstancias?

—Hay infinidad de sistemas para ello. Sólo es cuestión de tiempo el que se descubra. O pudo tener un cómplice, ¿eh? Alguien que esperó a Alfred en el laboratorio, lo dejó inconsciente con un buen golpe y prendió fuego a una mecha, largándose después.

No dijo nada. Había perdido la capacidad de seguir protestando. Encendí otro cigarrillo, contemplándola. Era realmente magnífica, pero supe entonces que ya estaba curado de mi loca obsesión por aquella mujer.

Cuando pudo hablar de nuevo murmuró:

—No puedo convencerle a usted, Newman. Haga lo que se le antoje. Nadie le creerá porque todo esto es una sucia patraña. Ni la policía le hará caso.

—Tal vez no. Usted es una mujer influyente aquí. Tiene al fiscal besando la tierra que usted pisa... Pero los del seguro sí me escucharán. Se agarrarán a la oportunidad de ahorrarse seiscientos mil dólares como a un clavo ardiendo. ¿Qué me dice?

—Márchese de aquí. ¡Váyase!

Me levanté sin prisas.

—Muy bien, esperaba que confiase usted en mí. Tal vez hubiera podido hacer algo para ayudarla. Ahora, se atenderá usted a las consecuencias.

Ella siguió mirándome con ojos brillantes de odio. Ya no había desprecio en ellos; sólo odio, vivo y descarnado.

Pero no dijo nada hasta que llegué a la puerta. Entonces masculló:

—Sé cuánto daño puede hacerme con sus embustes delirantes, Newman, pero ni así accederé a sus deseos. No dejaría que me tocara usted ni por un millón...

—La virtud ultrajada... Tanta insistencia resulta cómica, reina. Permítame advertirle que su cuento de que fue Alfred quien le pidió que hiciera el pedido en cuestión no le servirá ante un tribunal.

—Yo nunca compareceré ante un tribunal a causa de su despecho.

Me encogí de hombros y salí. Casi tropecé con el mayordomo, muy cerca de la puerta. Nos miramos largamente y sentí tentaciones de aplastarle las narices con un buen puñetazo.

—¿Escuchar tras las puertas forma parte de sus obligaciones, Burgh?

—No debí dejarle entrar —me espetó—. Es usted un hijo de perra, Newman.

—Ése no es el lenguaje que usaría un mayordomo decente.

Le descargué un golpe de abajo arriba que reventó en su mentón como una bomba. Sus pies perdieron contacto con el suelo y cayó de espaldas con estrépito.

—Puedo aguantar los insultos de tu ama porque es una mujer, pero no los tuyos, camarada. Recuérdalo para la próxima vez.

Sentado en el suelo, acariciándose el mentón dolorido, farfulló:

—No habrá próxima vez.

Lo dijo en voz baja. Una voz cortante y fría que puso escalofríos en mi piel.

Salí con un nuevo problema sobre el cual reflexionar.

Deslicé el coche por el paseo de grava pensando en muchas cosas a la vez. Era indudable que Mildred Carrigan jamás sería llevada ante un jurado por el simple hecho de haber cursado aquel pedido por teléfono. Su explicación de que Alfred se lo había encargado era condenadamente sencilla y buena. Puede que la

policía sospechase, incluso que era posible que llegasen a la conclusión de que ella había matado a su esposo para embolsarse el seguro. Pero no pasarían de ahí... Y con sospechas no se condena a nadie.

Detuve el auto junto a la verja. Estaba cerrada y me pregunté cómo demonios iba a salir de allí si el mayordomo no acudía con la llave.

Me apeé, comprobando que no había manera de abrir aquella reja por otros medios que no fueran los normales. Decidí volver atrás y traerme a Burgh aunque fuera a rastras.

Justo cuando entraba al coche, el resplandor de unos faros barrió la oscuridad y un coche se detuvo al otro lado de la verja. Era un «Lincoln» gris que yo ya conocía, Fremont acudía a consolar a la triste viuda.

Le vi bajar del coche, avanzar hacia la reja y manipular en la cerradura. Abrió y avanzó unos pasos hasta poder verme bien bajo la luz.

—Usted debe ser Newman —dijo.

Su voz era rica en matices. Era un tipo que no tenía nada que envidiar al difunto Cárigan en cuanto a apostura. También él se parecía a un astro de la pantalla.

—En efecto. Estaba esperando que Burgh acudiese a abrir esa condenada verja.

—Creo que será mejor que salga usted primera Su coche cierra completamente el paso.

—De acuerdo.

Se metió en el suyo y esperó. Cuando pasé por su lado me hizo un ademán de despedida y tras esto atravesó la entrada con su deslumbrante último modelo.

De manera, pensé, que el amigo Fremont poseía una llave de la verja. Muy curioso. Me hubiese gustado saber si también tenía la llave del corazón de Mildred.

Me asaltó una idea condenadamente retorcida. ¿Se dejaría deslumbrar Fremont por un botín de seiscientos mil dólares, adornados con una belleza como Mildred encima?

Claro que era el fiscal, pero...

Pensé en su tipo. Decidí que no era el tipo que se prestaría a una farsa mortal como aquélla.

Aunque, a fin de cuentas, nadie sabe nunca cómo reaccionará un hombre ante seiscientos mil «pavos» contantes y sonantes.

La carretera serpenteaba por un oscuro paraje, descendiendo la colina. Estaba tan absorto en mis cavilaciones que cuando el agujero apareció en el parabrisas tardé unos segundos en identificarlo como producido por una bala. Sólo el estampido me devolvió a la realidad.

Fue el primer disparo.

CAPÍTULO X

Tiré del freno de mano y el motor protestó, parándose con una sacudida. Todavía estaba el coche balanceándose cuando abrí la portezuela y salté a la oscuridad como un gamo, maldiciendo en todos los tonos por no llevar el revólver conmigo. Eso me enseñaría a no ir desarmado por el mundo en ninguna circunstancia.

Si me dejaban tiempo para aprender la lección, naturalmente.

Arrastrándome como un gusano, busqué el refugio de las sombras. No había sonado ningún otro estampido, ni se escuchaba el menor ruido delator de la situación del asesino emboscado.

Burgh, pensé. No podía ser otro.

Me levanté para avanzar con más soltura, amparándome en la oscuridad. Entonces resonó el segundo disparo y la bala aulló tan cerca de mi cabeza que los cabellos se me alborotaron.

Me arrojé de cabeza al suelo. El fulano debía tener ojos de gato. Repté, sin saber qué hacer para librarme de la emboscada. Calculé que el criminal esperaría pacientemente hasta que pudiera cazarme. Si estaba bien situado no necesitaba apresurarse. Aquél era un paraje desierto y por el que apenas transitaba ningún coche, excepción hecha de los que iban o volvían de la casa de la colina. Un buen atolladero.

Hubo un tercer balazo, pero esta vez el proyectil pasó lejos de mí. Un tiro al azar.

Me pegué contra el suelo y aguardé. Era imposible que el asesino emboscado pudiera verme a menos de acercarse mucho, en cuyo caso yo también podría descubrirle. Aunque maldito Si me serviría de nada verle la cara estando sin una maldita arma.

Los minutos transcurrieron tremendamente lentos, en silencio, sumido en mortal angustia. Sabía que podían cazarme como a un

conejo. No tenía escapatoria... O quizá el tipo creyera que yo también estaba armado y que aguardaba una oportunidad de devolverle el fuego con probabilidades de acertarle...

Me aferré a esta esperanza como el náufrago a una tabla. Si era así, el bastardo no se atrevería a dejar su refugio seguro.

A medida que transcurrió el tiempo sin que sucediera nada, me convencí de que yo estaba en lo cierto. El criminal no quería arriesgarse lo más mínimo.

Pasó tanto tiempo que mis castigados nervios no soportaron más la maldita espera. Me arrastré y nada sucedió. Me puse de rodillas, atisbando a las sombras de mi alrededor, y ninguna bala vino en mi busca.

Acabé levantándome y andando silenciosamente hacia donde había dejado el auto. Cabía la posibilidad de que el matarife hubiera decidido aguardarme allí para cazarme con más seguridad.

No pude distinguir nada sospechoso alrededor del vehículo. Tomé una piedra y la arrojé a los matorrales que había al otro lado de la carretera.

No sucedió nada en absoluto. O era un tipo muy listo o había decidido largarse para no correr más riesgos.

Pensé en los disparos. Sin duda, habían sido hechos con un rifle de calibre mediano. Los estampidos así lo indicaban, y el tremendo zumbido de la bala que había pasado rozándome los cabellos. Y un hombre con un rifle no puede maniobrar con la celeridad de otro armado con una pistola o un revólver.

Repetí la prueba de la piedra, esta vez arrojándola más cerca del auto, y tampoco hubo ningún disparo.

Bueno, se había marchado ante su fracaso. Un aficionado.

Burgh se comportaría como un aficionado con un arma en la mano. Aunque me parecía increíble que hubieran cometido tamaña torpeza. Ellos mismos se habían delatado. Burgh debía ser el cómplice. ¿Por qué no se me habría ocurrido mucho antes?

Entré en el coche, quité la marcha y puse en marcha el motor. Pude alejarme sin que ningún otro moscardón volase en mi busca.

Bueno, Burgh no me parecía el tipo ideal para que Mildred se hubiese confabulado con él para deshacerse de su marido. Aunque, después de todo, podía tratarse exclusivamente de una alianza de negocios, sin que la belleza de la mujer interviniese para nada en el

pacto...

No había que olvidar que había un botín de seiscientos mil dólares al final de la carrera.

El caso es que se habían delatado. Ahora ya estaba seguro que yo había acertado en mis sospechas. Sólo me quedaba contárselo al teniente Clayton y...

Y aparecería el fiscal Fremont, naturalmente. Si realmente estaba enamorado de Mildred no permitiría que nadie levantara un escándalo a su costa. Tenía poder suficiente para amordazar a la policía y desvirtuar toda posible prueba.

Y yo no poseía ni una maldita prueba, a excepción del agujero en el parabrisas. Y esa prueba señalaba igualmente a cincuenta y siete millones de personas más, quedándome corto. No señalaba a nadie, legalmente hablando.

McCallum, naturalmente. Ningún fiscal sería capaz de amordazar a una compañía de seguros cuando ésta lucha por ahorrarse un pago de seiscientos mil dólares.

Llegué a la ciudad, busqué un teléfono y llamé a Clayton.

—Me gustaría charlar con McCallum —le dije cuando estuvo al aparato—. Me dio su tarjeta profesional, pero en ella sólo consta su número de Miami.

—Hotel Mundus. ¿Se le ha ocurrido alguna idea, Newman?

—No, sólo quiero cambiar impresiones con él antes de irme. A propósito, ¿cómo está mi declaración?

—Lista para la firma. Puede pasar por aquí cuando quiera.

—Gracias, teniente. Hasta luego.

Colgué y me dirigí al Mundus. Era un hotel casi nuevo. El pequeño investigador sabía cuidarse, después de todo.

Pero no le encontré.

—Ha salido hace más de dos horas, señor —me anunció el recepcionista, cuando pregunté por McCallum.

—Mala suerte. Supongo que no sabrá usted adónde se ha dirigido.

—No, señor. Supongo que ha querido divertirse un poco antes de marcharse.

—¿Cuándo se va?

—Ha pedido la cuenta para mañana por la mañana.

—Comprendo. Gracias.

No podía recorrer la ciudad de punta a punta buscando a McCallum, así que me dirigí al apartamento de Mitzy con un rebaño de ideas paseándose por mi mente.

Pero, por más que pensaba, no podía encontrar el menor resquicio por donde atacar. Casi habían conseguido el crimen perfecto...

Mitzy me recibió alborozada, echándome los brazos al cuello.

—¿Ya podemos marcharnos a Miami?

—Aún no, linda. He de firmar la declaración todavía.

Hizo un mohín de disgusto.

—Entonces, podemos salir a divertirnos un poco. Hay lugares estupendos en este pueblucho.

—No debes llamar pueblucho a Stuart City, querida. Tiene páginas heroicas en su historia.

—Al diablo con eso. Sigue siendo un pueblo. ¿Nos vamos a bailar, Mark?

—Lo siento. Mi humor no es el más adecuado para eso.

Rozó mis labios con los suyos y se apartó.

—¿Sucede algo malo, querido?

—No sé exactamente qué es lo que ocurre o lo que se prepara. Pero te aseguro que no me gusta nada el ambiente.

Calculé que no ganaría nada confiándole mis sospechas, de manera que penetré en el interior y me derrumbé en el diván. Ella vino tras de mí.

—Te prepararé un trago... A propósito, la otra botella debe estar todavía en tu coche.

—Lo había olvidado. ¿No queda suficiente aquí?

Para un par de vasos sí.

—Es suficiente.

Los preparó y vino a sentarse a mi lado.

Yo no tenía deseos de hablar, sólo mis pensamientos me interesaban. Pero ella opinaba de distinta forma.

—Mark...

—¿Sí?

—Cuando estemos en Miami, ¿seguirás viéndome?

—¿Por qué no? —dije, distraídamente.

—Me gustaría haberte conocido mucho antes, ¿sabes? Bueno, no mucho tiempo antes, no creas..., seis meses solamente hubiera sido

necesario.

—¿De veras?

—Fue hace seis meses que empecé a frecuentar los clubs nocturnos. No resultó tan divertido como había supuesto. En realidad, resultó terriblemente monótono. Me gusta el baile, pero sólo cuando el hombre con quien bailo es de mi agrado. Pero en los clubs era preciso hacerlo con cualquiera..., una obligación, ya sabes. Había que bailar incluso con un tipo grasoso y barrigudo, o con otro que le pisaba a una a cada paso... Mark, ¿me escuchas?

—¿Qué?

—Ni siquiera me oías. ¿En qué estabas pensando?

—No importa. Sigue hablando si quieres.

—No, gracias. Sé cuándo debo cerrar la boca. No me gusta hablar con la pared.

Se recostó en el respaldo y bebió su *whisky* a pequeños sorbos.

Pero poco después murmuró:

—¿Te importa que viaje contigo, Mark?

—¿Por qué debería importarme?

—Era sólo una idea. Me costará acostumbrarme a no verte, cuando te vayas.

—¿Cuándo me vaya adónde?

—En Miami quiero decir.

—Bueno, podemos seguir viéndonos allí... hasta que tú regreses a casa.

—No hay ninguna casa.

—Me refiero a Jacksonville.

—Estoy pensando en no volver nunca más allí.

—Pero tú dijiste...

—Ya sé lo que dije. Pero eso fue antes, Mark.

—¿Antes de qué?

Me miró y apretó los labios.

—¿Por qué no me ayudas un poco, condenado tonto? Le sonreí, y alargué las manos sujetándola por los hombros, obligándola a volverse hacia mí.

—Bueno, dilo —la apremié.

—Te reirías de mí.

—No.

—¿Por qué no lo dices tú?

—Podría decirte que te quiero, pero mentiría. Me gustas, y siento una gran sensación de bienestar cuando estoy a tu lado. Pero no creo que eso sea amor.

—Bueno, de todas formas, has dicho algo.

—No puedo mentirte, querida.

—Yo iba a decirte que volver a Jacksonville era lo que pensaba hacer antes de enamorarme de ti. Ahora, tú lo has estropeado.

La atraje hacia mí y la besé suavemente.

—Eres una chiquilla loca..., loca y muy hermosa.

—¿De veras lo crees?

—Sí.

—Mark...

—Dime.

Antes de seguir hablando dejó que la besara otra vez. Sus labios eran cálidos y suaves, dulces como una fruta en sazón. Realmente, ella era una fruta en sazón, apetecible y bella.

—¿Estás enamorado de otra mujer?

—No.

—¿Ni de la señora Cárigan?

—En absoluto. Te confieso que me deslumbró. Creí volverme loco. Pero desperté a tiempo y todo terminó. Ella me desprecia.

—¿Por qué?

—Está demasiado arriba para mí. O eso cree... Es posible que caiga de su pedestal antes de lo que imagina.

—¿Estás despechado tal vez?

—No, pequeña. Preocupado tan sólo. Tengo un condenado problema entre manos.

Se apretó contra mí.

—Nunca antes me habían llamado problema.

Era cierto que estaba entre mis manos. Le sonreí y ella me besó. Luego, muy quedo, susurró:

—¿Crees que podrías amarme dentro de un tiempo, Mark, cuando me conocieras mejor?

—Puedo amarte cuando me lo proponga..., sólo es necesario que sigas a mi lado y que olvide lo que me preocupa...

—Olvídalo, entonces. Estoy a tu lado, amor...

—Escucha, nena, no es tan fácil, yo...

Sentí la presión de sus brazos, y sus labios estaban tan cerca de

los míos que dejé de hablar para besarla. Instantes después ella rompió el beso para susurrar:

—¿Estás seguro que no habrá sombras en el pasado, Mark? Ni en el tuyo ni el mío.

—Totalmente seguro.

—Así es cómo lo he soñado.

Volvió a dejar que la besara. Por detrás de mi cabeza, alargó el brazo, encontró la llave de la luz y le dio la vuelta. La lámpara de pie se apagó y la habitación quedó sumida en sombras.

Por la ventana nos llegaba el rumor de la vida, lejana, suave, como si se deslizara de puntillas para no romper el encanto de aquel instante.

CAPÍTULO XI

Desperté a la mañana siguiente con la mente en blanco. Miré a mi alrededor, reconocí el apartamento de Mitzy y pegué un salto.

McCallum. Debía localizarlo antes que se fuera a Miami.

Me vestí apresuradamente y corrí al teléfono. Capté un agradable aroma de café flotando por todo el piso, y el rumor de la muchacha en la cocina. Por lo visto, quería demostrarme que era una excelente ama de casa.

Marqué el número del Mundus y pregunté por el investigador.

—Lo lamento, señor —dijo una voz—. El señor McCallum ha tomado el autobús de Miami hace media hora.

Colgué el auricular y di la vuelta. Y allí estaba Mitzy, con una rara expresión en su bello rostro.

—¿Qué pasa? —indagué.

—¿Sigues queriéndome?

—¿Cómo no he de quererte con ese aroma de café? Sólo por conseguir ese despertar todos los días me casaré contigo.

—Mark, ¿estás proponiéndome que me case contigo?

—Bueno, sólo lo insinúo. Te haré la petición formal cuando tenga más tiempo. He de marcharme ahora mismo.

—Por lo menos, desayunarás...

—Demonios, seguro.

Nos sentamos a la mesa de la cocina. Había preparado tostadas con mermelada y mantequilla, café, crema y huevos con jamón. Todo un banquete sobre el que me lancé vorazmente.

—Yo creía que tu trabajo aquí había terminado, Mark —refunfuñó después.

—Realmente, así es, pero se trata de algo que no puedo decirte todavía. Este café es delicioso, linda.

Sonrió. Parecía más joven sin maquillaje. Sus ojos brillaban como dos estrellas.

—¿Es algo relacionado con Alfred?

—Sí.

—¿Con su viaje?

—En parte solamente. Me gustaría mucho averiguar con quién se entrevistó...

—Recorrimos tantas ciudades que es imposible.

—Sólo con saber sus contactos en una de ellas sería suficiente. Eso me aclararía muchas de las sombras que ahora envuelven este asunto.

—Lo siento... ¡Eh, un momento! —exclamó—. En Indianápolis recibió una llamada en el hotel.

—Eso puede ser importante. ¿Quién le llamó?

—Alguien desde el hospital militar de la Base Red Star.

—Mi súbito entusiasmo se esfumó.

—Un hospital militar —rezongué—. Debió solicitar un reconocimiento.

—Era un herido de guerra. Llevaba una pieza de platino en el cráneo a causa de...

Me interrumpí de repente. Mi mente comenzó a girar como una maquinaria bien engrasada. Todo encajó y supe quién había cometido el crimen y cómo. Y supe que Mildred jamás cobraría ya los seiscientos mil dólares.

Me levanté de un salto y abracé a Mitzy con entusiasmo.

—¡Eres mi ángel, amorcito! —le espeté besándola una y otra vez—. Voy a casarme contigo sólo por eso.

—¿Por qué?

—Por lo que acabas de decirme. Y porque eres la chiquilla más linda de cuantas he conocido. Y te llevaré a un largo viaje de luna de miel y hasta tú misma olvidarás el pasado, y ya sólo vivirás para el futuro, y...

—¡Te has vuelto loco! Eso, loco de remate... ¡Mark, me mareas!

La deposité en el suelo, dejando de dar vueltas. Entonces yo también toqué de pies al suelo y dije:

—Pero alguien tiene que pagar nuestro viaje de bodas, nena...

Saqué la guía telefónica de Miami y me lié a pasar páginas y más páginas, hasta que localicé la compañía aseguradora de

McCallum.

Tardé dos minutos más en establecer la comunicación y entonces dije a gritos:

—¡Quiero hablar con el director en persona! Urgente, prioridad y máxima importancia. Ahora mismo.

Una voz femenina, seca como un sarmiento, masculló:

—¿Qué clase de broma estúpida es ésa?

—Una broma que puede costarle a su compañía seiscientos mil dólares si no me pone en contacto con el gran jefe en persona.

—Debe estar usted loco, señor...

—Completamente. Dígale que acabo de hablar con McCallum.

—¿Conoce usted a McCallum?

—Perfectamente.

—Espere un minuto.

Fueron varios minutos, pero al fin una voz recia inquirió:

—¿Qué clase de asunto quiere usted tratar conmigo, señor...?

—Mark Newman.

—¿Y bien?

—Escuche, McCallum está en ruta hacia Miami con el informe completo del caso Cárigan. Todo conforme. Seiscientos mil dólares.

—Ya lo sé. Hablé con él anoche por teléfono y me transmitió un extracto del informe. ¿Quién es usted, señor Newman?

—Detective privado. Colaboré con McCallum en cierta forma... Pero ahora estoy en situación de ahorrarle a usted el pago de esa póliza.

—¿Qué? No acabo de entender...

—Después de marcharse McCallum he descubierto otros datos sensacionales. Le ahorraré el pago de los seiscientos mil. ¿Qué dice?

—Sería una gran cosa para mi compañía, naturalmente.

Su voz era precavida. No estaba seguro del terreno que pisaba.

—¿Qué ganaría yo con esa operación? —pregunté sin rodeos.

—¿Se refiere a evitar el pago por medios estrictamente legales?

—Tan legales como el mismo código.

—Bueno...

—¿Diez por ciento?

—¿Sesenta mil dólares?

—Justamente.

—Es usted demasiado ambicioso, amigo mío. Si realmente puede

evitarse el pago de la póliza, mis investigadores lo encontrarán sin que me cueste un centavo.

—No lo descubrirán ni en mil años. Sólo yo tengo la clave — dije, acariciando los suaves cabellos de Mitzy, que me escuchaba con los ojos desorbitados.

—Tendría que pensarlo...

—No hay tiempo. Debo saberlo ahora, antes de decidir si me largo de aquí o sigo con el asunto.

—Conforme —asintió de repente—. Pero nada de embrollos sucios que puedan arrastrar un descrédito para nuestra compañía. Antes que eso prefiero pagar.

—No pagaré. No habrá escándalo. ¿Puedo confiar en su palabra?

—El diez por ciento de seiscientos mil dólares para usted, si legalmente consigue ahorrarnos el pago de la póliza de Alfred Cárigan. Debo advertirle que toda nuestra conversación ha sido grabada en cinta magnetofónica, señor Newman... Un aparato muy ingenioso que conecto siempre que recibo llamadas un tanto... digamos sorprendentes.

—Perfecto. Vaya preparando el cheque.

Colgué y me encaré con Mitzy, sonriendo.

—Ya está —exclamé—. Sesenta mil dólares para empezar nuestra nueva vida. ¿No es así cómo se dice?

—¡Mark!

—Ni uno menos. Ahora debo irme. Tengo muchas cosas que hacer antes de la noche. Hasta entonces, te quedarás aquí sin asomar tu linda naricita fuera de estas paredes. ¿Comprendido?

—¿Vas a resultarme celoso también?

—Más que un sultán, pero no se trata de eso ahora. Puede que en las próximas horas haya bastante movimiento aquí, en este pueblo. Cierra la puerta por dentro cuando yo me haya marchado. Y no abras a nadie, bajo ningún pretexto. Absolutamente a nadie, así te digan que el edificio está ardiendo. ¿Entendido, linda?

—Sí, Mark, pero me inquietas..., ¿qué vas a hacer tú?

—Ganarnos el viaje de luna de miel.

La abracé y sus labios dijeron sin palabras todo lo que yo quería oír con ese lenguaje.

Después de eso salí. Aguardé en el pasillo hasta oír cómo ella corría el pestillo interior y sólo entonces me largué de allí lleno de

entusiasmo...

Realmente, el destino es cierto que tiene jugarretas divertidas a veces.

EPILOGO

CAPÍTULO XII

Detuve el coche a unos centenares de metros de la casa de la colina y recorrí el resto del trayecto a pie. No había luna y la noche era ideal para lo que me proponía.

Perdí algunos minutos reconociendo la sólida verja de hierro hasta que encontré un lugar por el cual salvarla. Mi entretenimiento gimnástico resultó de gran ayuda para semejante ejercicio.

El jardín, en sombras, estaba silencioso. En la casa, en medio de la oscuridad, brillaban un par de ventanas encendidas, una de ellas en el primer piso. Tal vez la habitación de la hermosa Mildred.

Me deslicé a través del césped, pasé junto a los malolientes escombros del pabellón calcinado y llegué al lado de la casa sin que nadie me cerrase el paso.

En alguna parte sonaba una música suave. El duelo, con seiscientos mil dólares casi en el bolsillo, era menos duelo.

Rodeé la edificación hasta la parte posterior. Allí, una puerta de cristales iluminada. Dentro se distinguía una nívea cocina muy espaciosa. Burgh estaba sentado al lado de una mesita leyendo un periódico. Desde mi observatorio descubrí también un rifle apoyado contra la pared. Resultaba un utensilio de cocina un tanto sorprendente.

Calculé que la puerta estaría cerrada con llave, de manera que me coloqué a un lado y pegué un puntapié a la grava. Algunos pequeños guijarros salieron disparados con un leve ruido.

Saqué el revólver que tanto me había costado conseguir y esperé. Oí una llave girar en la cerradura cuando la sombra de Burgh atravesó los cristales. Después el mayordomo salió empuñando el rifle con mano segura.

Sin decir una palabra, le descargué un culatazo impulsado por

todo mi peso. Su cráneo emitió un ruido como de algo que se hace astillas y el hombre se desplomó sin un quejido.

Tomé el rifle al vuelo, antes que golpease sobre el suelo. Al mayordomo lo dejé allí tumbado y entré en la cocina, donde descargué el arma, arrojé los cartuchos al jardín y luego me interné en la casa pisando como un gato.

Antes de dirigirme al piso superior donde había visto una luz encendida, decidí reconocer el terreno abajo, de manera que me encaminé al salón sin vacilaciones, empuñando el revólver y seguro de lo que iba a encontrar.

La puerta estaba abierta y Mildred se inclinaba sobre el bar portátil, preparando unas bebidas. Guardé el revólver en el bolsillo y entré.

—Hola, reina.

Pegó un salto y uno de los vasos escapó de sus temblorosos dedos.

—¡Usted otra vez, maldito sea! ¿Por dónde ha entrado?

—Por la puerta de servicio. Es por donde sacan la basura, ¿verdad, reina? Sólo que esta vez, la basura ha entrado en la casa.

Di un vistazo alrededor del salón y elegí mi lugar entre las dos ventanas. Había una butaca allí, arrimada a la pared, y fui a sentarme en ella. Desde allí podía dominar perfectamente la puerta.

—Esta vez ha llegado demasiado lejos —masculló, acercándose al teléfono.

—Ande, llame al fiscal. O a la policía... Hágalo. Tendrá que explicarles por qué su mayordomo trató de asesinarme anoche con el rifle que hay en la cocina. Aparte de otras cosas, naturalmente.

Quedó muda, con la mano sobre el teléfono. Tras unos instantes, se volvió lentamente.

—Dígame, Newman, hijo de perra. ¿Qué es lo que quiere en realidad?

—Sus amistades no le aprobarían semejante lenguaje, reina. Ni el amigo Fremont... Bueno, tampoco aprobarán que sea usted cómplice de un asesinato, ya que estamos en eso.

—De nuevo con la misma historia... ¿Es dinero lo que quiere?

—Seguro.

Dejó escapar un suspiro y su mano se apartó del teléfono.

—Lo imaginaba. ¿Cuánto?

—Sesenta mil dólares.

—¡Está loco! No voy a pagarle una cantidad tan crecida por mucho que...

—Ya sé que no la pagará usted. Voy a cobrarla de la compañía aseguradora, reina. ¿Qué le parece?

—No entiendo...

—El diez por ciento de seiscientos mil dólares. La recompensa por ahorrarles el pago de la póliza de Alfred Cárigan. No puede estar más claro, preciosa, incluso para un cerebro como el suyo.

Hundí la mano en el bolsillo y empuñé el revólver. Ella estaba igual que petrificada. Sólo balbuceó:

—No puede hacerlo..., no tiene nada contra mí, sólo su despecho...

—Y el rifle de Burgh, y el atentado, y el incendio provocado, y su compra de material inflamable...

—¡No lo conseguirá!

—Oh, sí, reina, estoy seguro de lograrlo. Especialmente cuando les presente a Alfred Cárigan vivo, envuelto en celofán y con una etiqueta para el penal más próximo...

Se tambaleó. Simultáneamente, Alfred apareció en el umbral. Empuñaba un revólver y sus ojos ya no eran fríos, sino que despedían llamas.

—De modo que lo sabía —gruñó.

—Me preguntaba cuándo aparecería usted, Alfred. Confieso que no lo sospeché hasta esta mañana, cuando Mitzy me habló de una llamada de un hospital militar, durante su viaje.

—¡Condenación! Debí pensar en eso.

—Debió pensar en otras muchas cosas, compañero.

—Está bien... Una de las que no me preocupará es usted. Acabará enterrado en el sótano y...

—Reconozca que ha perdido —le atajé.

—¡Nunca!

—Bueno, usted está apuntándome con un «treinta y dos». Muy bien. Desde mi bolsillo, un «treinta y ocho» está fijo en su barriga, así que empecemos a discutir quién aprieta primero el gatillo, ¿eh?

Miró el significativo bulto de mi bolsillo y, evidentemente, no le gustó.

—No podrá sacarlo a tiempo —masculló, aferrándose a esa

esperanza.

—Tal vez no, pero soy un experto disparando a través del bolsillo. Reconózcalo, Alfred; está perdido. Sólo puede aligerar su condena entregándose pacíficamente.

—¡Jamás lo haré! ¿Cree que he tramado todo esto para que un sucio pesquisa como usted lo estropee?

—Ya está estropeado.

—No si usted muere. No creo que haya confiado a nadie sus descubrimientos. Es demasiado ambicioso, y habrá querido para usted sólo la recompensa...

—Es usted condenadamente listo, amigo. Pero no lo fue bastante para planear ese crimen. Ningún criminal es listo del todo. Si lo fuera no cometería ningún crimen.

—Sermones. Mildred...

—¿Qué vamos a hacer, Alfred? —sollozó ella desde su puesto.

—Sal de aquí. Yo me las entenderé con él.

—No se mueva —dije a mi vez—. Si da un solo paso dispararé contra su adorado Alfred...

—¡He dicho que salgas! —aulló él.

Mildred me miró con los ojos llenos de lágrimas. Lo que debió ver la inmovilizó.

—No, querido —sollozó—. Dispararía contra ti..., sé que lo haría...

—Pueden estar seguros, a pesar de que prefiero entregarlo vivo. Quiero que cuente personalmente su historia, compañero. Me gustará oírsele de viva voz. Cómo se le ocurrió tramar el engaño, las dificultades que tuvo con el pago de la póliza y la necesidad en que se vio de vender las últimas acciones que le quedaban para que siguiera vigente el tiempo necesario de poner en marcha su plan...

—¡Cállese!

—Tonterías. Quiero que cuente los detalles, bastardo. Yo los imagino, pero a la policía le interesará escucharle.

—No intervendrá la policía en esto.

—Ya lo creo que sí intervendrá. El teniente Clayton estará encantado de escucharle. Ahí es nada, haber realizado su propio asesinato, para aparecer luego vivo y coleando. Claro que la policía no sabe todavía cómo lo hizo, pero usted se lo dirá. Es fácil, ¿verdad? Sólo necesitaba a un desgraciado que en la guerra hubiese

sufrido una herida similar a la suya, para que llevase una placa de platino más o menos en el mismo lugar del cráneo en que la llevaba usted. Muy bien, usted se lanzó a buscarlo por todos los hospitales de los Estados vecinos. Le costó mucho tiempo encontrarlo, pero lo consiguió en algún lugar, tal vez en Dayton, donde dio por terminado su viaje y regresó a Miami...

—Esa maldita perra...

—Mitzy es una gran chica, bastardo del demonio —dije—. Sólo que llevaba un rumbo equivocado. Usted buscó una muchacha para que pudiera atestiguar si llegaba el caso, que el viaje había sido de negocios. Además, era preciso traerse una supuesta amante para hacer intervenir a un detective privado. El toque magistral, realmente.

—Voy a cerrarle la boca de una maldita vez.

—¿Por qué, si todavía no he terminado? Pero recuerde que mi «treinta y ocho» también aguarda la señal para entrar en acción. Nunca debió complicarme a mí en sus planes.

Dejó escapar un suspiro y se relajó, aunque sin bajar el revólver ni un cuarto de pulgada.

—Necesitábamos el testimonio de alguien más solvente que Burgh, eso es todo. Usted, como detective, podría declarar que había sido un accidente y que instantes antes yo estaba perfectamente, en la terraza.

—Eso es lo que imaginaba. Mitzy fue el pretexto. Era una buena idea si uno se detiene a pensarlo. Engañó al investigador de la compañía.

—Escúcheme, Newman —dijo, irguiéndose otra vez—. Usted y yo podemos llegar a un acuerdo.

—¿De veras?

—Seguro. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? Usted dice que pretende cobrar sesenta mil dólares de la compañía.

—Ni uno menos.

—Yo le ofrezco doscientos mil. Dividiremos la cantidad del seguro en tres partes. Dos para nosotros y una para usted.

—¿Y Burgh?

—Le pagaremos de nuestra parte.

—Es una oferta realmente tentadora. Únicamente que Mildred me exasperó demasiado. Yo estaba enamorándome de ella...

Hubiera podido amarla. Afortunadamente, sus desprecios me abrieron los ojos a tiempo.

—¿Va a ponerse sentimental ahora? No diga tonterías... ¿Qué importa una mujer más o menos? Las hay a montones dispuestas a lanzarse a los pies de quien posea doscientos mil dólares. ¿Qué decide?

Miré a Mildred. Había dejado de llorar y escuchaba con todos los sentidos asomados a los ojos, anhelante.

—Para negociar con usted, Alfred, quiero hacerlo sin amenazas. Suelte el revólver.

—Ni lo sueñe. Todavía no me fío de usted.

—Estamos atascados, entonces. En fin —dije—, lamento arrebatarse esta última esperanza. Oiga, ahora que se me ocurre, ¿quién era el desgraciado que ardió entre las explosiones?

—Un tipo que no tenía familia.

—Y había sido herido y operado exactamente igual que usted...

—Así es...

—Bueno, creo que no queda nada más por aclarar, ¿verdad? Ustedes cometieron algunos errores y ahora van a pagarlos.

—De manera que no acepta mi oferta.

—Naturalmente que no. Quiero dormir tranquilo por las noches. ¿Sabe usted, Alfred? Yo también voy a viajar en compañía de Mitzy..., pero lo haré en otra forma a como quiso hacerlo usted.

—No irá a ninguna parte.

Vi que había encontrado ya decisión suficiente para apretar el gatillo, y entonces grité:

—¡Es suyo, Clayton!

Mi voz restalló como un latigazo. Durante un fugaz instante, Alfred vaciló. Mildred llevóse las manos a la boca para ahogar el chillido de angustia, y la voz seca del teniente ordenó desde la puerta:

—¡Suelte el revólver, Carrigan, no tiene escapatoria!

No lo soltó. Se revolvió como una víbora, disparando al mismo tiempo.

Yo también apreté el gatillo, arruinando el bolsillo de mi traje. Alfred pegó un salto de costado y retrocedió dando traspiés. Pero continuó apretando el disparador, completamente ciego para todo lo que no fuera matar.

Mildred aullaba como una bestia herida. Vio a Alfred retorciéndose sobre sí mismo y todo asomo de cordura desapareció de ella. Se lanzó sobre él dispuesta a protegerlo. Era un amor torcido y brutal, pero tremendamente sincero.

—¡Quieta!

Mi grito le llegó demasiado tarde. En su loca carrera se puso delante de Alfred y las balas de éste encontraron al fin carne donde morder.

Clayton cayó como una tromba sobre el bastardo criminal, pero Mildred ya estaba derrumbándose como una muñeca rota. Dos manchas de sangre surgieron en su escote antes que tocara el suelo.

—¡No lo mate! —aullé.

El teniente se detuvo detrás de Alfred. Pudo descargarle un mazazo en la nuca con su revólver de reglamento, abatiéndolo de golpe, con lo que se terminaron los disparos.

—¿Por qué tantas contemplaciones? —me espetó el policía—. Usted bien le ha descerrajado un tiro.

—Sólo cuando he visto que disparaba contra usted. Y he disparado para herirle solamente. No me gustaría que hubiera algún heredero, ¿entiende?

—No.

—La maldita póliza cubre cualquier clase de muerte, incluso el asesinato. Si usted mata a Cárigan y hay un heredero podría buscar complicaciones y yo me quedaría sin mi recompensa. ¿Está claro ahora?

—¡Al demonio con usted!

Desde la puerta, el sargento Lenz contemplaba la escena sin dar crédito todavía a lo que había sucedido. Yo me incliné junto a la mujer, sólo para comprobar que estaba muerta.

—Ha tenido mala suerte —dije entre dientes—. No creo que el jurado hubiera sido muy duro con ella...

—Pero sí lo será con él —rezongó Clayton, acercándose al teléfono—. Voy a restregarle este asunto por las narices al fiscal, ¿sabe usted, Newman? Ya empezaba a cansarme con tantas recomendaciones de piedad para la viuda...

—Bueno, apresúrese. Quiero marcharme de aquí cuanto antes.

—No tenga tanta prisa. Sus sesenta mil dólares le esperarán en Miami.

—Ya lo sé, pero no se trata del dinero ahora.

—¿De qué, entonces?

—De la mujer que me ayudará a gastarlo.

Se echó a reír, con el auricular en la mano.

—Mitzy, ¿eh?

—¿Quién si no?

—Debí imaginarlo. De manera que un viajecito...

—Seguro. Luna de miel.

—Está bien, lárguese. Pero mañana por la mañana quiero que esté en mi despacho para ultimar de una vez este asunto. No me falle.

—Seguro que estaré allí.

—¡Oiga, quiero hablar con el fiscal! —gritó a través del auricular.

Se olvidó de mí. Salí silenciosamente después de dirigir una última mirada a Mildred.

Realmente, no era mujer para mí en ningún sentido.

Lo mío estaba aguardándome, y ella sí pertenecía a mi mundo. Los dos hablábamos el mismo lenguaje, amábamos con la misma intensidad y el mundo significaba exactamente un lugar donde pasarlo lo mejor posible...

Anduve en busca del coche, y con él, en busca de la felicidad.

La encontré. Estaba esperándome.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



epi 50

un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1772*
